

NEWMANIANA

AÑO XVI - NÚMERO 46

SEPTIEMBRE 2006



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **Amigos de Newman** en la Argentina

AGRADECEMOS A LOS GENEROSOS DONANTES EL APORTE
● PARA ESTA EDICIÓN.

NEWMANIANA



Año XVI - Nº 46
Septiembre 2006

Director

Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Dr. Jorge Ferro

Diseño e Impresión

Editorial y Talleres Gráficos

Universidad Católica de La Plata

Tel.: (0221) 422-6928 / 423-7375

E-mail: editorial@ucalp.edu.ar

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual Nº 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección:

Calle 24 Nº 1630 (1900)

La Plata

Pcia. Buenos Aires

República Argentina

EDITORIAL

Las Meditaciones y Devociones completas
han sido publicadas recientemente en la Argentina 2

SERMÓN

La buena parte que eligió María 4

POESÍA

Avisos (Warnings) 12

-Traducción: Jorge N. Ferro-

ARTÍCULO

LA IGLESIA CATÓLICA: el hogar de siempre 13

-Fernando María Cavaller-

HISTÓRICAS

Basilio y Gregorio 33



ORACIÓN

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

Las *Meditaciones y Devociones* completas han sido publicadas recientemente en la Argentina

Se anuncia la publicación de 40 *sermones* escogidos para el mes de noviembre

En el marco de un sencillo Encuentro Newmaniano, en el Auditorio de la Fundación Bank Boston, fue presentado el 10 de agosto pasado, vísperas del 116° aniversario de la muerte del Cardenal Newman, la traducción completa de sus *Meditaciones y Devociones*, a cargo de Mons. Fernando María Cavaller. La edición la ha llevado a cabo la Editorial Agape, bajo la dirección del Sr. Javier Colabelli. En el acto hablaron la Dra. Cassagne, que presentó la obra desde una perspectiva biográfica de Newman, insistiendo en el sentido personalista de su expresión, que permite al lector hacer uso de esta colección de modo también personal, en su relación con Dios. A continuación intervino Mons. Cavaller, el traductor, para referirse al contenido de esta obra, desde una perspectiva precisamente orante, y justificar el recurso legítimo del creyente a oraciones y meditaciones hechas, tal como lo pensaba Newman junto con toda la tradición de la Iglesia hasta hoy. Al finalizar el acto, el Sr. Colabelli anunció que esta edición sería completada en noviembre próximo con la traducción de 40 *Sermones* de Newman, también traducidos por Mons. Cavaller. La publicación de ambos volúmenes responde a la vinculación que existe entre los Sermones anglicanos y las Meditaciones y Oraciones católicas, que son como un eco de aquella homilética de Newman, configurando una admirable continuidad de pensamiento teológico-orante, que una vez más nos acerca a Newman desde la perspectiva de su peculiar desarrollo homogéneo hacia la verdad plena, que permite unir casi sin tropiezos las dos partes de su vida creyente, unidas por la conversión al catolicismo en 1845.

Las *Meditaciones y Devociones* están divididas en tres partes. La primera está dedicada al Mes de María con las meditaciones sobre las *Letanías Lauretanas*, seguido por un texto sobre la *Inmaculada Concepción*, y una *Novena con Letanías a San Felipe Neri*, creador del Oratorio en el siglo XVI, al cual Newman ingresó después de su conversión, fundando en Birmingham el primer Oratorio inglés. Precisamente estas Meditaciones y Devociones vieron la luz en ese ámbito, dirigidas a los fieles sencillos, a los alumnos de la escuela, y también para el uso de los sacerdotes y laicos que componían la comunidad oratoriana. La segunda parte se abre con dos *Via Crucis*, largo y corto, seguidos de *Doce Meditaciones e intercesiones para el Viernes Santo*, con una *Oración por los fieles difuntos*. Luego se incluyen las *Meditaciones para ocho días*, una poesía al *Corazón de María*, una introducción al Rosario dominical, seis Letanías originales de Newman, un triduo a *San José*, *cuatro oraciones a San Felipe Neri*, terminando con devociones varias: *Un camino corto a la perfección*,

la *Oración para pedir la luz de la verdad* y la *Oración para pedir una muerte feliz*. La tercera parte está integrada por las *Meditaciones sobre la doctrina cristiana*, el núcleo de todo el libro, que son un verdadero comentario al Credo, según el molde de las meditaciones post-tridentinas, pero desde el espíritu de los Santos Padres, muy bíblico y con el acento puesto en la encarnación y en la cruz.

Alentamos a los lectores de *Newmaniana* a adquirir esta obra fundamental de la espiritualidad de Newman. Para los Amigos de Newman en la Argentina, la aparición de esta obra póstuma, editada en 1893 por el secretario de Newman, Padre Neville, significa un logro sin precedentes en la difusión de los escritos de nuestro querido Cardenal, edición que ha sido dedicada a su ya cada vez más pronta beatificación. Esperamos que el libro, como lo ha sido durante los últimos 113 años, les ayude a meditar en los misterios de la fe y a orar al Señor, de la mano de estas páginas que se encuentran entre las grandes obras de la espiritualidad católica de todos los tiempos.

Asimismo les invitamos a estar atentos a la publicación del volumen dedicado a los *Sermones*, que se han seleccionado y ordenado según el año litúrgico.

Enviamos a todos los Amigos de Newman el habitual saludo COR AD COR.

John Henry Newman

Meditaciones y Devociones



La parte buena que eligió María

TRADUCCIÓN
FERNANDO MARÍA CAVALLER

*Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; pero una sola es necesaria.
María eligió la parte buena que no le será quitada (Lc 10,41-42)*

Cada palabra de Cristo es buena, tiene su misión y su propósito, y no cae al suelo¹. No puede ser que diga siquiera palabras transitorias siendo la misma Palabra de Dios, que expresa, según le place, los consejos profundos y la santa voluntad de Aquel que es invisible. Cada palabra de Cristo es buena, y si bien recibimos un registro de Sus dichos por boca de hombres comunes, debemos estar seguros que lo preservado así, sea dicho a los discípulos o a los enemigos, sea a modo de advertencia, de repreensión, de consuelo, de argumento o de condenación, nada tuvo un sentido meramente ocasional, un alcance parcial o limitado, nada se refería solamente al momento, a lo accidental, a la audiencia. Todas Sus palabras sagradas, aunque revestidas de un ropaje temporal, y sirviendo a un fin inmediato que hacía difícil por consiguiente desligarlas de lo que tienen de temporal e inmediato, poseen fuerza en todas las épocas, permaneciendo en la Iglesia terrenal, "perdurando para siempre en el cielo" y entrando en la eternidad. Son nuestra regla, "santa, justa y buena", "la lámpara de nuestros pasos y la luz en nuestro sendero" (Sal 118), tan plena e íntima-

mente hoy mismo como cuando fueron pronunciadas por primera vez.

Y si esto ha sido así, aún cuando la mera diligencia humana había reunido las migajas que caían de Su mesa, estamos mucho más seguros del valor de lo registrado por haberlo recibido de Dios, no de los hombres. El Espíritu Santo, que vino para glorificar a Cristo e inspirar los escritos de los evangelistas, no nos dejó un evangelio estéril, sino que, alabado sea Su nombre, seleccionó y salvó para nosotros esas palabras que iban a tener una utilidad especial en los tiempos venideros, que debían ser la ley de Cristo para la fe, la conducta y la disciplina, no una ley escrita en tablas de piedra, sino una ley de fe y amor, una ley del espíritu, no de la letra, una ley para los corazones de buena voluntad que resistan "vivir de toda palabra que sale de Su boca", aunque sea débilmente, y que puedan hacer un paraíso de la Verdad divina con las semillas que esparce el Sembrador celestial. Tratemos con humildad este pensamiento, con la ayuda de Su gracia, para obtener algún beneficio del texto.

¹ Cita de Newman: Basilio, *Const. Mon.* 1.

Marta y María eran las hermanas de Lázaro, que más tarde resucitaría de entre los muertos. Los tres vivían juntos, pero Marta era la ama de casa. San Lucas menciona, en el versículo anterior al texto, que Cristo llegó a un pueblo, "y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa". Estando, pues, a la cabeza de una familia, tenía deberes que ocupaban necesariamente su tiempo y sus pensamientos. Y en esta ocasión estaba especialmente ocupada por el deseo de honrar a su Señor. "Marta estaba atareada en muchos quehaceres". Por otro lado, su hermana se veía libre de los negocios necesarios del mundo por ser la menor. "Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra". La misma identidad de obligación y carácter aparece en el relato de la muerte y resurrección de Lázaro, en el evangelio de San Juan. "Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa" (Jn 11,20). Más tarde Marta "fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: 'El Maestro está aquí y te llama'" (11,28). Nuevamente, en el comienzo del capítulo siguiente, "Le dieron allí una cena. Marta servía... Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos"(12,2-3). En estos pasajes se presenta la misma diferencia general entre las dos hermanas, desde puntos de vista distintos: Marta dirige y actúa mientras María es la retirada y modesta sierva de Jesús, que, libre de los deberes del mundo, ama sentarse a Sus pies y escuchar Su voz, y honrar silenciosamente Su sagrada presencia haciendo lo mejor de su parte, sin importunar.

Pero volvamos a nuestro relato. "Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: 'Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues,

que me ayude". Y según las palabras del texto, "Le respondió el Señor: 'Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; pero una sola es necesaria. María eligió la parte buena que no le será quitada.'"

Haré dos observaciones acerca de esta escena y el comentario de nuestro Señor.

1. Primero, parecería desde aquí, y por Su propia autoridad, que hay dos modos de servirle: la ocupación activa y la quieta adoración. Por supuesto, no es que esté hablando de aquellos que se llaman a sí mismos Sus siervos y no lo son, de los que falsifican una u otra manera de vida, de los que están "sofocados con los cuidados de este mundo", o de los que yacen vagos e inútiles como la dura vena del camino, y "no dan fruto de perfección"². Tampoco sus palabras implican que algunos cristianos estuviesen llamados nada más que al culto religioso, y otros nada más que a la ocupación activa. Hay hombres ocupados y hombres ociosos que no tienen parte con Él, y otros que culposamente sacrifican el ocio a los negocios, o los negocios al ocio. Pero dejando de lado a los falsos y extravagantes, quedan finalmente dos clases de cristianos: los que son como Marta y los que son como María, y ambos glorifican a Cristo a su manera, en el trabajo o en la quietud, probando en ambos casos que no se pertenecen sino que han sido comprados con un precio, empeñados en obedecer, y constantes en obedecer Su voluntad. Si trabajan es por Él, y si le adoran es por amor a Él.

Además, estas dos clases de discípulos Suyos no eligen por sí mismos el modo de su servicio, sino que Él se los asigna. Marta debe ser la mayor y María la menor. No digo que nunca se le deja a un cristiano elegir su propio camino, ser ministro con los Ángeles o adorar con los

² Hace referencia a la parábola del Sembrador, Lc, 8,4-15.

Serafines. Así es a menudo, y bien puede bendecir a Dios si tiene en su poder elegir libremente esa parte buena que nuestro Señor alaba especialmente. Pero para la mayoría, cada uno tiene señalado su propio lugar, si quiere tomarlo, según el curso de la providencia divina. Al menos, no hay duda *quiénes* están destinados a los cuidados de las cosas del mundo. La necesidad de ganarse la vida, los reclamos de una familia, las obligaciones de la posición social o del oficio, son señales de Dios, siguiendo el camino de Marta para la mayoría. Permittedme abandonar la consideración de la mayoría, y mencionar más bien quiénes son los que pueden considerarse llamados a la porción más favorecida de María, y al hacerlo mostraré con más claridad qué es esa porción.

En primer lugar, me refiero a los viejos, como es natural, pues su tiempo de ocupaciones ha pasado y parece que se les recuerda servir a Dios con la oración y la contemplación. Tal fue Ana, "de edad avanzada..., que permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años, y no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones" (Lc 2,36-37). Vemos aquí la descripción de la persona llamada y la ocupación en sí. Además, observemos que el objeto hacia el cual se refería su servicio eran las promesas respecto a Cristo el Salvador.

Cuando Él fue llevado al Templo, ella "alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén". La misma descripción de persona, y ciertamente el mismo oficio, se nos muestra nuevamente en la parábola de la viuda insistente. "Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer" (Lc 18,1). La viuda dijo, "Hazme justicia contra mi adversario". Y nuestro Señor pregunta "¿Dios no hará justicia a Sus elegidos, que



Jesús en casa de Marta y María. Grabado de Gustave Doré.

están clamando a Él día y noche, aunque les hace esperar?. Añádase a esto la descripción de San Pablo: "La que de verdad es viuda y ha quedado enteramente sola, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en sus plegarias y oraciones noche y día" (1 Tim, 5,5).

Luego están aquellos que sirviendo en el Altar están incluidos en la parte de María. Dice el salmista: "Dichoso el que tú eliges y acercas, para que viva en tus atrios" (Sal 65,5). De acuerdo a la regla de los Apóstoles, los diáconos debían administrar los asuntos mundanos de la Iglesia, los evangelistas ir entre los paganos, y los obispos gobernar, pero los ancianos debían permanecer, más o menos, en el mismo seno del pueblo del Señor, en las cortes de Su casa, en los servicios de Su culto, "ejerciendo el oficio sacerdotal", como leemos en el libro de los Hechos (13,2), ofreciendo el Sacrificio de alabanza y acción de gracias, enseñando, catequizando, pero no ocupados o preocupados con el mundo. No quiero decir que estos distintos oficios estuvieran reunidos en una sola persona, sino que eran distintos, y que la tendencia de la disciplina de los Apóstoles era separar de la multitud de ministros cristianos algunos que debían servir a Dios y a la Iglesia en la acción de gracias y la intercesión.

A continuación puedo mencionar niños, partícipes en cierto modo de la porción de María. Hasta que salgan al mundo, para los negocios o profesiones del mismo, su tiempo escolar debería ser, de algún modo, una contemplación de su Señor y Salvador. Sin duda no pueden entrar en asuntos sagrados tan regularmente como será posible más tarde, no deben ser obligados antinaturalmente a servir, y tienen que ejercitarse en hábitos activos de obediencia y en una disciplina necesaria para el futuro. Después de todo, no debemos olvidar que Él, que es el modelo de los niños así como de los adultos, fue hallado a los doce años en la Casa de Su Padre, y que más tarde, cuando llegó allá

antes de Su pasión, los niños le recibieron con las palabras, "Hosanna al Hijo de David", cumpliendo una profecía y obteniendo Su alabanza por hacerlo.

Además, se nos dice, con la autoridad de San Pablo (si es necesaria en un punto tan obvio), que la parte de María se asigna, más o menos, a los solteros. Digo más o menos porque Marta misma, aunque soltera, como ama de casa era una excepción en cierta medida, y porque los siervos de Dios como San Pablo podían permanecer sin casarse, no para trabajar menos sino para trabajar más directamente por el Señor. Algunos han observado que las palabras casi parecen referirse al lenguaje usado en el texto cuando leemos el original griego, que es lo más probable, ya que San Lucas era un asistente del Apóstol y su evangelio parece estar citado en todas partes por él. Es como si dijera, "Los célibes se ocupan de las cosas del Señor, para ser santos tanto en el cuerpo como en el espíritu. Y esto lo digo para vuestro propio provecho, de modo que podáis sentaros a los pies del Señor sin ser molestados".

Hay, además, un gran número de cristianos en el caso de María, que están en diversas circunstancias y de los cuales no se puede dar ninguna descripción, hombres ricos que disponen de tiempo o gente activa en épocas de descanso, cuando dejan su trabajo para la recreación. Ciertamente, nuestro Señor quiso decir que alguien entre Sus servidores debería estar siempre dándole culto en todas partes, y no solamente en sus corazones sino con devoción ceremonial. San Pablo dice, "Quiero, pues, que los hombres", aún ese sexo cuyo castigo especial fue que comieran el pan con el sudor de sus frentes, "oren en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas", en culto común y público, "sin ira ni discusiones" (1 Tim 3,8). Y así encontramos que incluso un centurión romano, Cornelio, halló tiempo entre sus obligaciones militares para servir a Dios

continuamente, antes de llegar a ser cristiano, y fue premiado con el conocimiento del evangelio. Se nos dice que "oraba continuamente a Dios" y que sus "oraciones y limosnas subieron como memorial ante la presencia de Dios" (Hech 10,4).

Finalmente, en la porción de María están incluidas las almas de aquellos que han vivido y han muerto en la fe y el temor de Cristo. Nos dice la Escritura que "descansan de sus fatigas" (Ap 14,13), y que su ocupación es la oración y la alabanza. Mientras los servidores de Dios claman a Él día y noche en todo lugar aquí abajo, aquellos "le sirven día y noche en Su templo" allí arriba, e interceden en voz alta desde su lugar de reposo junto al altar, por aquellos intereses santos que dejaron detrás. "¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?" "Te damos gracias... porque has asumido tu inmenso poder para establecer tu reinado" (Ap 6,10;11,17).

2. Siendo así el doble carácter de la obediencia cristiana, señalo, en segundo lugar, que la porción de María es la mejor de las dos. Nuestro Señor no lo dice expresamente pero claramente lo da a entender: "Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; pero una sola es necesaria. María eligió la parte buena que no le será quitada". Si Sus palabras se toman literalmente, podrían significar, por cierto, que el corazón de Marta no era recto para con Él, pero queda claro que no era este el significado de acuerdo a otros lugares de la historia. Entonces, lo que Él dio a entender fue que la parte de Marta estaba llena de trampas por ser una labor del mundo y que María no podía estar fácilmente equivocada en la suya, que si nosotros podemos estar ocupados de modo equivocado, no podemos en cambio adorarle bien sino de modo correcto, que servir a Dios en la oración y la alabanza continuamente cuando podemos hacerlo en compatibilidad con otras obligaciones, es la búsqueda de la "única

cosa necesaria", y enfáticamente "esa parte buena que no nos será quitada".

Es imposible leer las cartas de San Pablo cuidadosamente sin percibir cuán fielmente comentan esta norma de nuestro Señor. ¿Alguien puede dudar de que hablan a menudo del deber de dar culto, meditar, dar gracias, orar, alabar e interceder, para llevar de este modo al cristiano a hacer de ello la ocupación ordinaria de su vida, tanto como las otras obligaciones se lo permitan, y no para rechazar su legítima profesión, ni dejar de estar conforme con algunos esfuerzos activos para hacer el bien, sea en la educación de los jóvenes, atender a los enfermos y necesitados, ocupaciones pastorales, estudio, u otros trabajos, sino para dedicarse a una vida a los pies de Jesús y a la escucha continua de Su palabra? ¿No es claramente un privilegio sobre todos los demás, si Le amamos realmente, ser llamados a esta vida celestial? Consideremos los pasajes siguientes, además de los ya citados, y veamos si pueden ser realizados completamente en la vida común de los cristianos, aunque, indudablemente, todos deban cultivar interiormente el espíritu que imponen y llevarlo en la medida apropiada a los actos externos. Veamos si son ejemplos de esa parte mejor con la cual fue favorecida María.

"Sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias" (Col 4,2). "La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecido a Dios en vuestros corazones con salmos, himnos y cánticos inspirados" (Col 3,16). "Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias... No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías" (1 Tes 5,16-20). "Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo una manos piadosas" (1 Tim 2,8). "No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados,

cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 5,18-20). "En pie, pues, ceñida vuestra cintura con la Verdad... abrazando siempre el escudo de la fe... y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos" (Ef 6,14-18). Así habla San Pablo, y de igual modo lo hace San Pedro y Santiago. "Confiadle todas vuestras preocupaciones (como las de Marta), pues Él cuida de vosotros" (1 Pe 5,7). "Sed sensatos y sobrios para daros a la oración" (1 Pe 4,7). "¿Sufré alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos" (St 5,13).

Estos son los mandatos de los Apóstoles, y ahora quiero señalar cómo fueron cumplidos en la Iglesia primitiva. Antes de que viniera el Espíritu Santo Consolador, "todos (los Apóstoles) *continuaban*", la misma palabra de San Pablo en las citas anteriores, perseveraban firmemente, resistían, "en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos" (Hech 1,14). Y así, después de Pentecostés, usando la misma palabra, perseveraban firmemente, "*continuaban* acudiendo todos los días al Templo con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios" (Hech 2,46). Sabemos que este privilegio primitivo les fue quitado pronto como cuerpo. Se levantó la persecución y fueron "dispersados" (Hech 8,1) por aquí y por allá, sobre la tierra. Les pasó lo que a la parte de Marta. Estaban llenos de trabajos, sean agradables o dolorosos, agradables pues tenían que predicar el evangelio en la tierra, pero dolorosos porque perdían no sólo los consuelos de la tierra sino, de algún modo, la calma espiritual. Fueron separados de los ritos de la gracia divina como viajeros en el desierto. Aquí y allí

encontraron en su viaje unos pocos de sus hermanos, "profetas y maestros, ministros del Señor" en Antioquia, o hijas de Felipe, "vírgenes que profetizaban" en Cesarea (Hech 13,2; 21,9). Se reunían en secreto para el culto, temiendo a sus enemigos, y cuando con el correr del tiempo aumentó el fuego de la persecución, huyeron a los desiertos, y allí levantaron casas para el servicio de Dios. De este modo la parte de María fue ocultada a la Iglesia por muchos años, mientras ella trabajaba y sufría. El mismo San Pablo, ese gran Apóstol, aunque tuvo su época de privilegios, cuando fue elevado en éxtasis al tercer cielo y escuchó los himnos de los Ángeles, fue también, sin embargo, un hombre de contiendas y fatigas. Luchó por la Verdad, y así estableció los fundamentos del Templo. Fue enviado "a predicar, no a bautizar". No le fue permitido construir la Casa de Dios, porque fue en figura como David, un "hombre sangriento". Lo que hizo fue juntar los materiales para el sacro edificio. El orden del ministerio, la sucesión de los Apóstoles, los servicios del culto, la regla de la disciplina, todo lo que es calmo, bello y tranquilizador en nuestra religión, fue dado a luz poco a poco a partir de sus escritos, por su amigos y discípulos, en su propia época y la siguiente, según lo permitía el estado de la Iglesia.

De este modo, así como se gozaba de la paz en alguna medida, el edificio fue llevado, aquí o allá, en este tiempo o en el otro, a las cavernas, o al desierto, o a las montañas, donde vivían los servidores de Dios dispersos, hasta que llegó el tiempo de paz y se acabó el trabajo al término de trescientos años. Desde ese momento en adelante hasta hoy, la porción de María ha sido ofrecida a multitudes de cristianos, si la pueden recibir. Si conocen esta bendición, hay quienes ahora, en distintos niveles de la sociedad, podrían gozar el privilegio de una continua alabanza y oración, sentados a los pies de Jesús. Los hay, sin duda, pero son pocos, porque el gran cuerpo de los cristianos tienen sólo el día

del Señor como día de descanso, y desertarían de su obligación si vivieran los demás días como ese. Pero lo que no se concede a unos se concede a otros: servir a Dios en Su Templo y descansar. Ya ha sido dicho en general quiénes son estas personas favorecidas, que es todo lo que se puede decir en un asunto en el cual cada uno debe decidir por sí mismo, de acuerdo a sus propias luces y a su caso particular. Sin embargo, sin intentar pronunciarse sobre casos individuales, podemos decir al menos que una época donde la parte de María es abandonada y desacreditada es necesariamente una época extraña al espíritu del evangelio.

Como conclusión, me pregunto para nuestra edificación si por ventura no es nuestra época así. Digo "por ventura", pues en asuntos de este tipo los hombres muestran menos sus motivos y principios que en otros temas, al ser de una naturaleza más inmediatamente referida a lo que sucede entre ellos y Dios. Pero teniendo esto en cuenta, ¿no es al menos la nuestra una época en la que pocas personas, por el mismo estado de la sociedad, están en condiciones de "entregarse continuamente a la oración" y otros servicios directamente religiosos? ¿No ha consumido nuestros corazones el desecho de las riquezas, pensando que la pobreza es la peor de las desgracias, y la seguridad de la propiedad la mayor de las bendiciones, midiendo todas las cosas según mamón, y trabajando para él no sólo nosotros sino involucrando en nuestro propio mal a todos los que nos rodean de modo que no pueden sustraerse a desearlo aunque quieran? ¿Acaso el sistema de la sociedad no se dirige a un plan semejante para incluir al servicio del mundo a todos sus miembros, lo quieran o no? ¿No se consideraría sin ambición e improductivo a un hombre que no persiguiera lo que la Escritura llama "la raíz de todo mal", el amor a lo que llama "codicia, que es una idolatría", y la posesión de lo que declara solemnemente que excluye al hombre del reino de lo cielos? ¿Se puede negar esto?

Y entonces, por supuesto, todo lo que es la devoción tranquila, la santa meditación, la libertad respecto a los cuidados del mundo, que nuestro Señor alaba en el caso de María, es desechado, malentendido, o más bien perdido del todo, como el ciego que habla mal y ridiculiza la gloriosa luz del sol como algo despreciable y vano. Nadie que sea sincero, podrá dudar que si María viviera ahora y eligiera por principio ese estado de vida en el que Cristo la encontró, y se contentara con permanecer a los pies de Jesús escuchando Su palabra y desentendida de este mundo fastidioso, sería culpada y compadecida. Los hombres imprudentes mirarían con extrañeza y los sabios con compasión a una persona así, como si desperdiciara su vida y eligiera una porción melancólica y sin alegría. Pero hace tiempo que este es el caso. Aún en Marta, tan celosa y de buen corazón como era, se nos recuerda la impaciencia y el desdén con que se refieren los hijos de este mundo, tan diferentes a ella, ante el hecho de dedicarse a Dios. Hace tiempo, aún en ella vemos el testimonio, como en un tipo, del modo temerario y no cristiano en que esta época habla mal del servicio devocional.

¿Nunca hemos escuchado decir que la celebración diaria de la Iglesia no es necesaria? ¿No ha sido insinuado que es apenas digna a menos que haya muchos que asistan, como si una sola alma, una sola, no fuera suficientemente preciosa para el amor de Cristo y la edificación de Su Iglesia? ¿No ha sido objetado que una Iglesia parcialmente llena es un panorama desalentador, como si, después de todo, nuestro Señor Jesús hubiese elegido a muchos y no a pocos para ser Sus verdaderos discípulos? ¿No se ha sostenido que un ministro cristiano está fuera de su puesto a menos que trabaje siempre por la mayoría sin corazón, en vez de atender a los pocos más religiosos? ¡Oh, debe haber algo que anda mal entre nosotros, cuando nuestros

defensores recomiendan a la Iglesia alegando meramente su actividad, su popularidad, y su visible utilidad, y no vacilarían en abandonarnos si no tenemos de nuestro lado a la mayoría! Si el fundamento para jactarnos es que hombres ricos, que hombres poderosos, que muchos hombres, son los que nos aman, no puede ser nunca una jactancia religiosa, y puede ser nuestra condenación. Cristo hizo Su fiesta para "los pobres, los paralíticos, los cojos y los ciegos". Las viudas y los huérfanos, los enfermos, los desamparados y los devotos, reunidos en oración, son la fuerza de la Iglesia. Son sus oraciones, sean muchos o pocos, las oraciones de María y como las de María, las que aseguran con la ayuda de Cristo a los que luchan las batallas del Señor con Pablo y Bernabé. "Es inútil levantarse antes del alba, trasnochar hasta muy tarde, y comer el pan de vuestros sudores" si no hay continuidad en la oración. Es mero capricho pensar en resistir al enemigo que en este momento está a nuestras puertas, si nuestras iglesias permanecen cerradas, y dedicamos a la oración unos pocos minutos al día.

¡Benditos aquellos a quienes Cristo llama cerca Suyo para ser Sus asistentes particulares y amigos familiares, y más benditos aún si obedecen y cumplen su llamado! Benditos aún cuando se les permita descansar en tal servicio hacia Él, pero favorecidos y honrados más allá de todo lo que se pueda pensar, si pueden poner a un lado las cosas del mundo con pleno deseo de corazón, sin violar sus deberes, renunciando a la búsqueda de riquezas, libres del cuidado de la familia, y presentándose como ofrenda sagrada, sin mancha, a Aquel que murió por ellos³. Estos son los

"que le siguen adondequiera que vaya", y a los que Él les dirigió más especialmente aquellas enseñanzas de fe y resignación que están registradas en Su evangelio. "Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aún en la abundancia, la vida de un hombre no está asegurada por sus bienes... No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis... Fijaos en los lirios, cómo ni hilan ni tejen... No andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos. Que por todas esas cosas se afanan los gentiles del mundo; y ya sabe vuestro Padre que tenéis la necesidad de eso... No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino. Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacced bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni la polilla... Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, y sed como hombres que esperan a que su Señor vuelva de la boda... Dichosos los siervos, que el Señor al venir encuentre despiertos: yo os aseguro que Él mismo se ceñirá". El que en la tierra les ha dejado sentar a Sus pies escuchando Su palabra o ungiéndole Sus pies con aceite, besándoselos, a su vez, como hizo antes de Su pasión, por una inexplicable condescendencia, "se ceñirá Él mismo, los hará ponerse a la mesa y los servirá. Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos de ellos! También vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre" (Lc 12, 15-40).

³ Nota de Newman: La vida que aquí se defiende es la que ha sido objeto y ocupación de la oración, la alabanza, la intercesión, y otras devociones, en el mismo sentido en el que cierta profesión o negocio es objeto y ocupación de la vida de la mayoría de los hombres. Se trata de una vida en la cual la devoción es el fin al cual todo lo demás le abre paso. Esta explicación contesta la pregunta acerca de cuánto tiempo de cada día hay que dedicar a la devoción. Las profesiones de este mundo no ocupan necesariamente todo, o la mitad, o la tercera parte de nuestro tiempo, pero gobiernan y disponen del mismo en su conjunto.

Verses on Various Occasions, LXXII.

Avisos

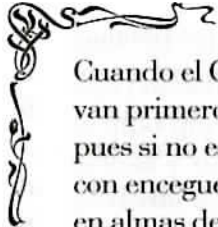
(Warnings)

 TRADUCCIÓN
JORGE N. FERRO

When Heaven sends sorrow
 Warnings go first,
 Lest it should burst
 With stunning might
 On souls too bright
 To fear the morrow.

Can science bear us
 To the hid springs
 Of human things?
 Why may not dream,
 Or thought's day-gleam
 Startle, yet cheer us?

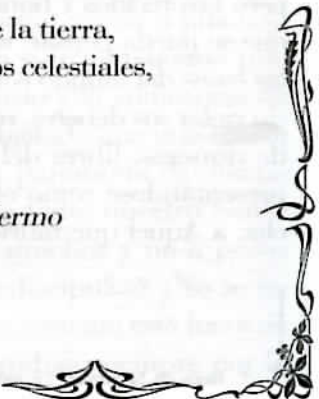
Are such thoughts fetters,
 While Faith disowns
 Dread of earth tones,
 Recks but Heaven's call,
 And on the wall
 Reads but Heaven's letters?



Cuando el Cielo envía aflicciones
 van primero avisos,
 pues si no estallarían
 con enceguedora fuerza
 en almas demasiado felices
 para temer el mañana.

¿Puede llevarnos la ciencia
 a las fuentes ocultas
 de las cosas humanas?
 ¿Por qué no pueden el sueño
 o los resplandores del pensamiento
 estremecernos, y a pesar de esto consolarnos?
 ¿Son cadenas tales pensamientos, mientras la fe
 desconoce
 el temor de los sonidos de la tierra,
 y no presta oídos sino a los celestiales,
 y en el muro no lee
 sino las letras del Cielo?

*Entre Calatafimi and Palermo
 12 de febrero de 1833*



La Iglesia Católica: El hogar para siempre (continuación)

FERNANDO MARÍA CAVALLER

En el número anterior comenzamos la vida católica de Newman en Old Oscott, inmediatamente a su conversión, y luego en Roma, preparándose para la ordenación sacerdotal. Denominamos a estos lugares, los hogares de su infancia y de su juventud católica, respectivamente, en el marco de ese gran hogar para siempre que fue desde su conversión a la Iglesia Católica como tal. Vamos a entrar ahora en lo que podríamos llamar su etapa de madurez católica, que será vivida en el Oratorio de Birmingham, hogar que habitará hasta el fin de sus días. Por cierto, allí tendrán lugar todos los acontecimientos de su vida sacerdotal católica, como fundador del primer Oratorio inglés según el espíritu de San Felipe Neri. Se trata de un período largo que va desde 1848 hasta su muerte en 1890. En esta parte llegaremos hasta la publicación de su gran obra autobiográfica *Apología pro vita sua*, en 1864, dejando para el próximo número el registro de los últimos años, que incluyen su elevación al Cardenalato.

III

EL ORATORIO DE BIRMINGHAM: EL HOGAR DE SU MADUREZ CATÓLICA

El Oratorio de Birmingham, en el barrio de Edgbaston, es para los amigos de Newman hoy, junto con Oxford y Littlemore, lugar obligado de peregrinación. Allí se encuentra el sitio de la segunda mitad de su vida. Su escritorio, sus libros, sus papeles y el altar privado donde celebró Misa en sus últimos años, todo está, junto a la gran biblioteca, como estaba al momento de morir. Sentarse allí y contemplar ese 'nido' completa en pocos instantes lo que puede ser fruto de un largo estudio de sus obras o la lectura de una biografía de aproximación como esta. Las paredes están cubiertas con fotos y retratos de sus seres queridos y de sus santos, allí está el breviario de Froude que conservó, su rosario, su cáliz y las vestes sacerdotales y cardenalicias.

Volviendo a la historia, el descanso que significaba haber encontrado finalmente su lugar en la Iglesia, no excluyó luchas y dificultades para Newman, el oratoriano. En realidad, se puede afirmar que durante muchos años, quizás hasta después de la publicación de la *Apología* (1864), o incluso hasta el cardenalato (1879), Newman vivió la dulzura de la fe plena y la alegría profunda de Dios mezclada de los sinsabores de continuos malentendidos, fracasos y cruces varias, unas procedentes del anglicanismo protestante, otras del tractarianismo sobreviviente, y otras muchas del mismo ámbito católico.

El Oratorio recién fundado se vio enriquecido con nuevos miembros, un grupo de conversos liderados por Frederick William Faber,

seguidor de Newman desde los años 30, y convertido también en el 45, pero con una evolución diferente, nunca del todo desprovista del evangelismo emocional del que provenía. Muy familiarizado desde antes de la conversión con el ambiente católico francés e italiano, ya oratoriano representó una línea de extravagante italianismo. Él y sus seguidores devinieron en una postura más bien ultramontana acerca del papado, creyendo ser mejores seguidores de San Felipe que Newman, que fiel al santo italiano y al espíritu y regla del oratorio, sin embargo mantenía la postura inglesa y moderada, que era la que convenía, por otra parte, al momento. Hubo malentendidos sobre la regla que Newman había llevado a Inglaterra, y el grupo no quiso aceptar las advertencias del fundador y superior. En 1848, el mismo año de la fundación del oratorio de Birmingham, había fundado un segundo oratorio en Londres, que puso bajo la responsabilidad de Faber, de modo que la desavenencias terminaron por producir la ruptura de ambas casas en 1855. Newman tuvo que hacer obligadamente un viaje a Roma para aclarar el conflicto y logró que se independizara al oratorio londinense. Como todo fundador tuvo que sufrir estas divisiones entre los suyos.

En realidad este episodio formaba parte de la situación general que vivían los católicos ingleses. Había divisiones patentes entre los "old Catholics" (viejos católicos), herederos de los que habían conservado la fe durante tres siglos de protestantismo y persecución, los hombres de formación romana como Wiseman que estimulaban la devoción del continente junto a la labor de congregaciones como los pasionistas, y redentoristas, y los nuevos conversos como Newman.

Aún así la expansión del catolicismo era palpable y auspiciosa. En julio de 1848 se inauguraba en Londres la catedral de San Jorge, construida por Augusto Pugin, el gran arquitecto converso del anglicanismo desde 1834, de ideas

muy definidas acerca de la relación entre arte, religión y culto, que concluían con una defensa a ultranza del estilo gótico como el único apto para el espíritu católico. Una carta de Newman dice: *Tiene el gran defecto de todo hombre de genio, así como las buenas cualidades. Es intolerante y - si me es permitida una palabra más fuerte - fanático. No es capaz de apreciar nada valioso en escuela alguna de arte cristiano, excepto en aquella de la que él mismo constituye valor tan grande. Los cánones de la arquitectura gótica representan para él elementos de fe y todo el que se atreve a discutirlos es como un hereje a sus ojos. La basílica misma de San Pedro es declarada templo pagano, adjetivo que no usa en sentido histórico, sino como calificación*



Habitación de Newman en el Oratorio de Birmingham, reclinatorio.

ofensiva.¹ De hecho, cuando hubo de construir, Newman buscó como más representativo el estilo románico.

¿Dónde estaba ubicado Newman respecto de controversias como estas? Así como había luchado contra el liberalismo dentro del anglicanismo, se encontró con el mismo fenómeno en el seno del catolicismo, pues era algo universal. Llama la atención cómo, paralelamente a la prédica newmaniana sobre la razón y la fe, por ejemplo, se entablaba en el ámbito católico pareja polémica, que ha quedado incluso signada por el Magisterio de la Iglesia a lo largo del siglo XIX, con su culminación en el Concilio Vaticano I de 1870. También se vivía el racionalismo cientificista que separaba ciencia y fe, o ciencia y teología, con la consiguiente poquedad defensiva que empobrecía el talante teológico católico de la época. De hecho Newman no encontró muchos interlocutores de su nivel, salvo eminencias como el citado Perrone.

Pero, a todo esto se sumó el hecho de que Newman encontrara, junto al liberalismo católico, antidogmático y racionalista como el anglicano, el fenómeno del "ultramontanismo". Los galicanos (corriente ancestralmente francesa que afirmaba la supremacía del episcopado y de los concilios sobre la autoridad papal), habían dado este nombre a los que sostenían la doctrina opuesta "al otro lado de los montes" (Italia). Los ultramontanos también defendían la total independencia del poder papal respecto a los poderes seculares. En este aspecto era aceptado incluso por los partidarios de un cierto liberalismo político. Era también la lucha que había encarnado el Movimiento de Oxford respecto de su propia Iglesia. Pero se mezcló con el tradicionalismo, que lo justificaría en nombre de una teoría absolutista de la autoridad. Bonald y De

Maistre, así como Lamennais, fueron sus líderes, aunque éste último se hizo finalmente un liberal extremista. Este fue el clima previo a la definición que el Concilio Vaticano I habría de dar sobre la infalibilidad papal. Algunos de sus defensores la ligaron con las tesis más absolutas en política, mientras que otros la combinaban con la idea del papa-rey, como si fuera un dogma. La definición operó una decantación saludable de estas doctrinas, precisando que la infalibilidad del papa no es la de un monarca absoluto cualquiera, sino la misma infalibilidad de la Iglesia, e ignorando cualquier ligazón con teoría política alguna, ni con la cuestión de la soberanía del papa sobre sus propios estados.

Pero evidentemente, el ultramontanismo terminó por ser una especie de estructura mental que era aplicada a los grandes temas teológicos. Newman viviría equidistante entre liberales y ultramontanos, antidogmáticos e hiperdogmáticos, sufriendo los malentendidos que estas situaciones causan en hombres como él. Muchos conversos del anglicanismo, como Ward, entraron en el ultramontanismo, y el mismo Manning, luego Cardenal sucesor de Wiseman en la sede de Westminster, estaría inclinado hacia allí, con la consiguiente sospecha de liberal que recayó sobre Newman. Pugin arquitecto y Faber oratoriano eran a su modo personalidades vinculadas a este modo de pensar.

La producción literaria de Newman no cesó. Ya en Roma, en los meses de su preparación al sacerdocio, había escrito la atrayente novela *Loss and Gain* (Perder y ganar), un cuadro de la atmósfera de Oxford y las discusiones sobre la fe, la conversión y la Iglesia, como respuesta a una novela que había aparecido en Inglaterra como ironía crítica contra los nuevos conversos, titulada "De Oxford a

¹ L.D., XII, 220-221.

Roma¹ escrita por una mujer. Por supuesto la trama muestra signos autobiográficos y un talento admirable para retratar los distintos pensamientos de aquella época tractariana.

Sus sermones en el ámbito del Oratorio de Birmingham, fiel a su docilidad, aparecen según modelos católicos. No son tan típicos como los de la época anglicana, pero están llenos de elocuencia. Publicó un volumen bajo el título *Discourses to Mixed Congregations* (Discursos de misión a asambleas interconfesionales), donde mueve a la conversión de los anglicanos al catolicismo o bien a una vida más consecuente con su fe a los católicos. El lenguaje es severo e insiste por este tiempo en presentar al anglicanismo y al catolicismo como *religiones distintas*. Entre sus temas, además de los relacionados con la naturaleza y la gracia, están los bellos sermones sobre los sufrimientos morales del Señor en su pasión. La publicación fue dedicada a Wiseman.

El nuevo auditorio de Newman era el correspondiente a la ciudad de Birmingham, notoriamente diferente de aquel, no sólo por ser católico, sino por el nivel social, cultural y económico. Junto con Manchester, Leeds y Sheffield, Birmingham era uno de los centros industriales agigantados por la revolución técnica del siglo XIX, lleno de hornos y chimeneas humeantes, antecesoras de nuestras urbes con su 'smog'. Crecía rapidísimo, y nuevos barrios aparecían constantemente. Hacia mitad de siglo vivían allí unas 250.000 personas, la mayoría obreros de las fábricas. No era el anglicanismo, sino el protestantismo de los non-conformists, el que abundaba. Los católicos eran, por supuesto, minoría. *Venimos en nombre de Dios*, predicó Newman en la apertura del Oratorio, *Pedimos sólo que se nos oiga, que juzguéis por vosotros*

mismos si hablamos o no las palabras de Dios. Esto no es pedir demasiado, aunque es bastante más de lo que la mayoría de los hombres suele conceder, porque no se atreve a escucharnos y se muestra impaciente a causa de prejuicios o por temor a conseguir certezas y convicciones... No solicitamos vuestra confianza porque aún no nos conocéis. No pedimos que aceptéis sin más nuestras palabras. Os invitamos simplemente a considerar, primero, que tenéis almas que salvar, y, en segundo término, a juzgar por vosotros mismos si, de haber revelado Dios una religión para redimirnos, esa religión puede ser otra que la fe que os predicamos².

Newman pastor comenzó a trabajar en la viña como en los mejores tiempos de Oxford, pero le dice en una carta a su amigo Wilberforce, que se convertiría pocos años después: *Es terrible comenzar una vida tan nueva al final de mis días ¡Cómo querría tener ahora la energía que había en mí cuando inicié los Tractos de Oxford!* Esta costumbre de verse achacoso, aunque a veces lo estaba, se acentuaba en él, creyendo de veras que estaba en sus últimos días, cuando en el plan de Dios sólo andaba por la mitad del camino. Sin duda el esfuerzo de su trayecto hacia la fe católica le había hecho vivir demasiado intensamente sus primeros años de madurez. A los sesenta y cinco creará morir y escribirá el célebre poema *The Dream of Gerontius* (El sueño de un anciano), maravilla de meditación sobre las postrimerías, en el drama de un agonizante que finalmente despierta a la eternidad. Aún viviría veinticinco años más, y nunca inactivo.

Después de algunos meses en Birmingham, escribiendo a María Giberne, (conversa del evangelismo al catolicismo y luego monja de la Visitación en 1863), le dice: *Tenemos una capilla aceptable que admite seiscientas personas cuando se llena*

² Mix., I, 1-21.

del todo, como suele ocurrir los domingos. En la pasada noche hubo gente que vino una hora antes y muchos no pudieron entrar. Damos conferencias, muy frecuentadas, los lunes y jueves, y confesamos diariamente, mañana y tarde, a todas las horas. Esperamos iniciar pronto una escuela de día³.

Nuevos oratorianos ingresan como novicios, entre los que se hallan dos hijos de su entrañable amigo tractariano John Bowden, muerto en el anglicanismo en 1844, cuya esposa también se hizo católica, y una de sus hijas, católica y monja de la Visitación como Giberne. Hubo muchos conversos en el primer año del Oratorio, y serían muchos más. Es interesante la reflexión que hace de esto Newman: *Pienso que mi influencia con las personas que nunca me han visto es extraordinariamente mayor de la que tengo con quienes me conocen directamente. ¿Por medio de qué se ha convertido más gente: por mis escritos o por mi contacto personal? ¿Cuántos de mis amigos íntimos están ahora conmigo o se han hecho católicos?*⁴. En realidad su influencia era enorme en ambos sentidos. Pero en esta materia, la de las conversiones, era de una prudencia de juicio admirable, a contrapelo de la insistencia de Wiseman y de los portavoces de la Congregación de Propaganda Fide en Roma, que querían que hiciera conversos a granel. Es verdad que se estaba viviendo un fenómeno más que sugerente y providencial, pero Newman pensaba con gran calma: *Para mí las conversiones no eran lo más importante, sino la edificación de los católicos. De tal manera he fijado en lo segundo mi objetivo, que aún hoy (está escribiendo en su diario en 1863) persiste el mundo en decir que yo recomendaba a los*

*protestantes no convertirse al catolicismo. Y cuando he expresado mi verdadera opinión, que temo a los hombres educados que se convierten de prisa, porque podrían no haber calculado el costo, y encontrar dificultades después de entrar en la Iglesia, simplemente quiero decir lo mismo, que la Iglesia debe estar preparada para los convertidos, tanto como los convertidos deben estar preparados para la Iglesia*⁵.

En 1850 ocurrieron dos hechos que llevaron a Newman a pronunciar dos series de conferencias, que dieron origen a sendas publica-



Habitación de Newman, escritorio.

³ L.D., XIII, 16.

⁴ L.D., XIII, 99.

⁵ A.W., 258.

ciones, importantes en su pensamiento católico. El primer hecho fue "el asunto Gordon", un reverendo anglicano que según el obispo de Exeter era heterodoxo en lo relativo a la regeneración bautismal y por tanto le negó el nombramiento de párroco, medida que contradujo una comisión judicial del Consejo de la Reina. Esta decisión que puso de manifiesto, una vez más, la dependencia de la Iglesia anglicana respecto del Estado produjo una nueva ola de conversiones, entre ellas las de James Hope, Henry Manning (futuro cardenal) y Robert Wilberforce, todos amigos de Newman. Wiseman, que era ahora vicario del distrito de Londres, le persuadió de que tenía el deber de atraer a los tractarianos una vez más hacia la verdadera Iglesia, y entonces pronunció en el oratorio de Londres una serie de conferencias que se publicaron bajo el título *Ciertas dificultades que sienten los anglicanos para someterse a la Iglesia católica (o que perciben los anglicanos en la doctrina católica, como después se modificó)*. El argumento era que quería llevar al Movimiento de Oxford a su legítima consecuencia, y renovar su pensamiento antierastiano, fundado en la revalorización del principio eclesial de la sucesión apostólica. Con ironía dice en la quinta conferencia que aunque el Movimiento se había edificado sobre la sumisión a las autoridades de la Iglesia, casi todos los obispos *se sirvieron de buena gana del poder que les confería el movimiento contra el mismo movimiento. Usaron intrépidamente sus armas apostólicas contra la tendencia apostólica*. En las últimas conferencias trató las dificultades que presentaba el lado católico. Las dedicó a su nuevo obispo en Birmingham, William Ullathorne, vicario del distrito central dejado por Wiseman, y que sería su obispo hasta 1889, un año antes de su muerte. Ullathorne encarnaba el catolicismo fiel de los últimos tres siglos en el Yorkshire, gran pastor distanciado de todo

extremismo, que hubo de empezar su vida religiosa como postulante benedictino, designado vicario general en Australia, autor de obras espirituales y promotor de la devoción al Rosario que había sido olvidada, iba a ser uno de los obispos más influyentes del catolicismo inglés del siglo XIX. De él dice Newman en 1864: *Si yo quisiera mencionar a un inglés recto señalaría al obispo que para nuestra gran suerte ha presidido la diócesis durante tantos años*⁷.

Apenas publicadas estas conferencias tuvo lugar el segundo hecho: el anuncio de la restauración de la Jerarquía católica en Inglaterra. Wiseman fue nombrado arzobispo de Westminster por Pío IX y creado Cardenal. Se erigieron catorce diócesis con obispos residenciales. Acababa después de trescientos años el régimen misional a través de Vicarios apostólicos con rango episcopal. El diario *Times* calificó el hecho "como uno de los mayores actos de locura e impertinencia perpetrados por la corte de Roma desde el tiempo en que la Corona y el pueblo de Inglaterra se habían librado de su yugo", acusando al Papa de "emplear en Westminster renegados de nuestra Iglesia nacional para restaurar una usurpación extranjera sobre las conciencias de los hombres y sembrar división en nuestra sociedad". Aparecían en el *Punch* caricaturas ofensivas no sólo de Wiseman sino también de Newman. Se quemaron muñecos que representaban al Papa y a Wiseman. El primer ministro John Russell denunció el hecho como "agresión papal". El vigor protestante se hizo notar y los católicos temieron otra persecución. También sufrieron los tractarianos que habían quedado en el anglicanismo, es decir, los puseistas. Viendo el estado del catolicismo inglés, Newman exclamó en medio de la baraúnda: *Necesitamos teología y no obispos*, que hay que interpretar no en sentido excluyente sino para mostrar una prioridad, pero por supuesto

⁶ Diff., I, 152.

⁷ Apo., 271.

defendió la decisión de Roma. Impulsó que se dieran en varias ciudades conferencias "a cargo de laicos" (toda una novedad en el catolicismo de entonces), cosa que Wiseman aprobó.

Newman mismo da un ciclo de conferencias en el Corn Exchange de Birmingham, no para demostrar el origen divino del Catolicismo, sino remover algunos obstáculos morales e intelectuales que impiden a los protestantes reconocerlo; porque no cabe esperar que los protestantes hagan justicia a una religión a cuyos miembros odian y ridiculizan⁸. Después escribiría: *En mis conferencias sobre el catolicismo en Inglaterra me opongo no a la Iglesia anglicana, sino al protestantismo nacional y a los anglicanos sólo en la medida en que pertenecen a éste*⁹. Hace un uso magistral de la ironía, el humor y la sátira, convirtiendo esta obra, según el mismo Newman, en la mejor escrita por él. Se publicó bajo el título *Conferencias sobre la situación actual de los católicos en Inglaterra*. Concluyen con palabras dirigidas al laicado, que no podemos omitir: *Vuestra fuerza radica en Dios y en vuestra conciencia; por consiguiente, no está en vuestro número. No está en vuestro número como tampoco en la intriga, los cálculos o la sabiduría mundana... Lo que echo de menos en los católicos es el don de sacar a la luz lo que es su religión... Quiero un laicado no arrogante, no precipitado en el hablar, no aficionado a las discusiones, sino hombres que conozcan su religión, que penetren en ella, que sepan el terreno que pisan, que sepan lo que sostienen y lo que no, que conozcan tan bien su credo que puedan dar razón de él, que sepan bastante historia para poder defenderlo. Quiero un laicado inteligente y bien instruido... Deseo que ampliéis vuestros conocimientos, que cultivéis vuestra razón, que*

*echéis una mirada profunda a la relación entre verdad y verdad, que aprendáis a ver las cosas como son, que comprendáis cómo la fe y la razón se compaginan entre sí, cuáles son las bases y principios del catolicismo y dónde estriban las principales incoherencias y absurdos de la teoría protestante. No tengo ningún miedo de que os volváis peores católicos por familiarizaros con estos temas, siempre que cultivéis un vivo sentido de Dios y tengáis bien presente que vuestras almas han de ser juzgadas y salvadas. En todos los tiempos los laicos han dado la medida del espíritu católico: hace tres siglos salvaron a la Iglesia en Irlanda y traicionaron a la Iglesia en Inglaterra*¹⁰.

Pensamientos como estos muestran desde cuándo Newman aparece como un verdadero precursor del rol que la Iglesia le asignaría más plenamente al laicado en el siglo XX, a partir de Pío XI y con el Concilio Vaticano II. En aquel momento una de las debilidades de la Iglesia era su clericalización. Veremos dos oportunidades más en las que Newman podrá decir una palabra autorizada al respecto.

En el mismo año 1850 tendrá el gozo de recibir el grado de doctor en Sagrada Teología conferido por Pío IX, que Wiseman ha urgido en su estadía en Roma con motivo de la restauración de la Jerarquía, y hasta se habla de que quieren hacer obispo a Newman. Su prestigio es por entonces innegable en Roma. Pero por otro lado tendrá el disgusto de ser acusado ante la justicia por difamación, debido a ciertas afirmaciones sobre el ex-dominico Giacinto Achilli en una de sus conferencias, donde le acusaba de estar cautivando a sus auditorios con relatos de las corrupciones de Roma. Tenía razón y además el sujeto había tenido problemas por

⁸ Present Position, Prefacio ix.

⁹ Ward, II, 57.

¹⁰ Pr.Pos., 388-391.



Habitación de Newman, biblioteca.

seducción de mujeres. Wiseman tenía pruebas de todo, pero lamentablemente no las encontró y Newman no pudo justificar sus apreciaciones, siendo declarado culpable, aunque los jueces reconocieron la intriga protestante. Achilli era patrocinado por la 'Alianza Evangélica'. Newman debió pagar 12.000 libras de costas, que fueron recolectadas por católicos de todo el mundo. Pero perdió mucho prestigio en Inglaterra, sólo recuperado después de la publicación de la *Apología* en 1864.

Sin embargo en 1852 ocurren cosas muy importantes para Newman. Es invitado al primer Sínodo de la provincia eclesiástica de Westminster como teólogo, donde pronuncia el famoso sermón *The second spring* (La segunda primavera), poética expresión del renacer de la Iglesia católica, que emocionó hasta las lágrimas al auditorio. En segundo lugar, inaugura la nueva sede del Oratorio en el barrio de Edgbaston, donde está hasta hoy. En tercer lugar, las *Conferencias sobre la situación actual de los católicos* las había publicado dedicadas a Paul Cullen, arzobispo de Armagh, primado de Irlan-

da, precisamente porque semanas antes le había ofrecido, en nombre de todos los obispos irlandeses, promover una Universidad católica en Dublín, como alternativa a los "Colegios de la Reina" que el primer ministro Peel había creado en Irlanda. Asimismo querían los estudios superiores para los católicos al estilo de la reciente fundación en Bélgica de la Universidad de Lovaina. Para Newman significaba una oportunidad de volcar su experiencia oxoniense y lograr el encuentro de clérigos con laicos a nivel académico. Con el permiso papal de ausentarse del Oratorio de Birmingham de vez en cuando aceptó, y comenzó la ardua tarea con una serie de discursos sobre la educación universitaria pronunciados en Dublín en 1852. Fueron publicados primero como *Discursos sobre la naturaleza y objetivo de la educación universitaria*, y luego constituyeron la primera parte de *Idea de una universidad*.

Se trataba de defender la presencia de la teología como ciencia en la Universidad, en relación a las demás ciencias, ya que una Universidad es el lugar donde se enseña e investiga el

saber universal, del cual no puede quedar ausente la ciencia sobre Dios, la revelación, la vida religiosa del hombre. *Digo entonces, que si una Universidad es, por su misma naturaleza, un lugar de instrucción donde es impartido el saber universal, y si en una cierta Universidad así llamada, el argumento de la religión es excluido, es inevitable una de estas dos conclusiones: o, por un lado, que el campo de la Religión está totalmente vacío de saber real; o, por el otro, que en tal Universidad es omitida una especial e importante rama del saber. Yo afirmo que el defensor de una tal institución debe consentir a esto o a aquello; él debe admitir, o que nosotros conocemos poco o nada acerca del Ser Supremo, o que su centro de instrucción se da un nombre que no corresponde a la realidad¹¹.* Por otro lado, si esta ciencia se deja de lado, las demás no se ven en la debida perspectiva y ocuparán un lugar que no les corresponde. *He insistido en que, suponiendo que no se enseñe teología, su dominio no será tan sólo descuidado, sino que en realidad será usurpado por las demás ciencias, las cuales enseñarán, sin la debida garantía, conclusiones propias en una materia que requiere principios metodológicos peculiares para su debida organización y disposición¹².* Más aún, la teología ayuda a las demás ciencias. *La religión revelada provee hechos a las otras ciencias, que estas ciencias, dejadas a sí mismas, no alcanzarían jamás¹³.* El desalojo de la teología produce el vicio intelectual de la "ignorancia presuntuosa", que juzga todo desde la óptica de una ciencia particular. *Así nacen aquellos que generalmente son llamados 'hombres de una sola idea'; lo que pasa a significar 'un hombre de una sola ciencia', y de opiniones en parte verdaderas, pero secundariamente en parte falsas, que es lo que puede resultar de algo tan parcial. Este es el motivo por el que vemos los principios de lo útil,*

de la combinación, del progreso, de la filantropía, o en las ciencias, materiales, de la anatomía comparada, de la frenología, de la electricidad, ensalzados a la categoría de ideas piloto, y llaves, sino de todo el conocimiento, al menos de muchas más cosas de aquellas que le pertenecen.... utilizadas para hacer aquello que es simplemente demasiado para ellas, en cuanto que una ciencia limitada no es una profunda filosofía¹⁴.

Newman insiste más adelante en el cultivo del intelecto como un fin que puede ser razonablemente buscado por sí mismo, es decir lo que se entiende por "educación liberal", dando lugar a lo que él llama un "crecimiento o amplitud mental". Y hace consideraciones como estas: *Bastará una brevísima consideración para poner de manifiesto que los conocimientos en sí mismos -diversificados o especializados-, aunque necesarios para la amplitud mental, no son lo que propiamente expansiona el entendimiento... La madurez no es la simple adición a nuestros conocimientos, sino la trayectoria, el movimiento hacia adelante, de aquel núcleo moral a cuyo alrededor gravita lo que sabemos y lo que vamos adquiriendo... Así pues, una disposición filosófica del pensamiento, o una mente amplia y comprensiva, o la sabiduría de llevar bien las cosas propias y ajenas, entraña una visión de las relaciones de lo antiguo con lo nuevo, una perspicacia para penetrar en los aspectos de una parte que influye en cada aspecto de la otra. Sin esto no hay globalidad ni podría haber centro neurálgico o punto de referencia. Se trata de saber no sólo cosas, sino sus relaciones mutuas. Es un saber organizado y por lo tanto vivo. Y agrega: Por ejemplo, una gran memoria nunca se considera sinónimo de sabiduría, como tampoco un diccionario es lo mismo que un tratado.*

¹¹ Idea, 66.

¹² Idea, 98.

¹³ Idea, 113.

¹⁴ Idea, 117.

Hay personas que estudian las cosas en su conjunto e individualmente, pero no correlativamente, que acumulan hechos sin formar juicios, que se sienten satisfechos con mucha erudición o información... Les diré, caballeros, lo que ha sido el error práctico de los últimos veinte años: cargar la memoria del estudiante con una masa de conocimiento indigerible, forzarlo tanto que ha rechazado todo... Un conocimiento superficial de cien cosas o una memoria para detalles, no es una visión filosófica o comprensiva¹⁵.

Así como se opone a la visión enciclopedista y positivista, lo hace también a la utilitarista, de raigambre escocesa inspirada en Locke, en el discurso dedicado a las relaciones del conocimiento con la práctica profesional. *Ellos insisten en que la educación debe ser confinada a algún fin particular y estrecho, y empleada en algún trabajo definido, que pueda ser pesado y medido. Arguyen como si cada cosa y cada persona tuviera su precio, y como si allí donde ha habido un gran desembolso tuvieran derecho a esperar algo a cambio. A esto llaman educación e instrucción 'útil', y 'utilidad' ha llegado a ser su palabra clave. Con un principio fundamental de esta naturaleza, tranquilamente continúan preguntando en qué se manifiesta el gasto de una Universidad, cuál es el valor en el mercado del artículo llamado 'educación liberal', en la suposición de que ella no nos enseña de ninguna manera cómo mejorar nuestras manufacturas, o hacer producir nuestras tierras, o hacer prosperar nuestra economía, y de que no hace en seguida de este hombre un abogado, de aquél un ingeniero y de aquél otro un cirujano, o de que al menos no lleva a realizar descubrimientos en química, astronomía, geología, magnetismo o ciencia de algún tipo. ¿Puede darse*

comentario más actual para nuestro tiempo que este? El argumento de Newman es que *aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno es siempre útil... Si una educación liberal es buena, deberá ser necesariamente útil también... la cultura general de la mente es la mejor ayuda para el estudio profesional y científico¹⁶.*

Sin duda que Newman está lejos de alabar la educación liberal sin advertir que sola no puede transformar a fondo la condición del hombre. *La educación liberal no hace al hombre cristiano o católico, sino al caballero. Está bien ser caballero, está bien tener una inteligencia cultivada, poseer un gusto refinado, un carácter franco, razonable y desapasionado, un talante noble y cortés en las relaciones sociales... Pero así como no podemos pretender romper la roca granítica con una simple navaja de afeitar o amarrar un navío con hilo de seda, tampoco podemos esperar con instrumentos tan delicados como el saber y la razón humana luchar contra estos gigantes que son la pasión y el orgullo de los hombres¹⁷.* La descripción del "gentleman" de intelecto cultivado pero sin el principio religioso es una página de antología. Termina diciendo al respecto: *San Basilio y Juliano fueron a la misma escuela de Atenas. Uno llegó a ser un Santo y Doctor de la Iglesia, el otro su burlador e implacable enemigo¹⁸.*

Por supuesto, el peligro opuesto era que la universidad de Dublín resultara un seminario religioso. Se iba a fundar una universidad para seculares, pero había entonces muchos cuya idea de la educación era mantener a los católicos en un estado de tutela permanente, lejos de todo lo que fuera "peligroso". Newman analiza las maneras en

¹⁵ Idea, 134-135.

¹⁶ Idea, 153-167.

¹⁷ Idea, 120-121.

¹⁸ Idea, 211.

que las ciencias físicas y la literatura pueden entrar en conflicto con la Revelación. Sobre las primeras dice: *La naturaleza y la gracia, la razón y la revelación, provienen del mismo autor divino, cuyas obras no pueden contradecirse entre sí; sobre la segunda: Es una contradicción 'in terminis' empeñarse en una literatura que refleje sin pecado a los hombres pecadores*¹⁹. Había quien prohibía leer los clásicos paganos. Newman responde a todo esto: *Si la universidad es una preparación directa para este mundo, dejémosla que cumpla su cometido. No se trata de un convento ni de un seminario; es, por el contrario, un lugar donde se forman y capacitan hombres del mundo para vivir en él. No podemos evitar que se sumerjan en el mundo, con todos sus caminos, principios y axiomas, cuando les llegue su hora; pero podemos prepararlos contra lo que es inevitable; y no es la manera más apropiada de aprender a nadar en aguas revueltas no haberse metido nunca en ellas... Eliminemos de nuestros libros de clase todas las manifestaciones atrevidas del hombre natural, y tales expresiones esperarán a nuestro alumno a la puerta de nuestras bibliotecas en forma viva y palpitante. Le atraerán con todo el encanto de la novedad y con toda la fascinación del genio o de la afabilidad... Le hemos negado el conocimiento de los maestros del pensamiento humano -que le hubiesen educado en cierto sentido- por la corrupción que manifiestan en algún punto; hemos apartado de él a aquellos cuyas ideas saben llegar al fondo de nuestros corazones, cuyas palabras son proverbios, cuyos nombres son conocidos del mundo entero, que son modelo de su lengua materna y el orgullo de sus conciudadanos: Homero, Ariosto, Cervantes, Shakespeare, porque el viejo Adán olía mal en ellos; ¿y para qué le hemos reservado? Le hemos dado una libertad para la blasfemia multitudinaria de su tiempo; le hemos mantenido libre de los periódicos, revistas, novelas, folletos*

*de controversia... Pero sólo hemos tenido éxito en esto: en hacer del mundo su universidad*²⁰.

Newman inauguró la universidad en noviembre de 1853. Llegó a tener facultades de teología, filosofía y letras, ciencias y medicina. Consideró necesario tener profesores laicos, excepto en materias como la teología; de sus 32 profesores, sólo cinco eran sacerdotes. Quiso una comisión de laicos para supervisar la economía, pero no se le permitió. Tuvo dificultades cuando nombró jóvenes irlandeses brillantes como profesores y distinguidos conversos ingleses en letras clásicas. Organizó grupos de alumnos para discutir temas de actualidad, mandó construir una sala de billar, consiguió un campo de cricket, y para la atención religiosa construyó la iglesia, y por supuesto las residencias de estudiantes. Pero el arzobispo Cullen desconfiaba de Newman, además de algunos obispos que se oponían a él por ser inglés. Cullen desbarató en Roma el nombramiento de obispo para Newman, anunciado públicamente, y del que nunca más se habló. Ese rango le hubiese facilitado la relación con la jerarquía irlandesa. Nunca pudo lograr que hubiera estudiantes ingleses y norteamericanos. Cullen no le respondía a muchos requerimientos y tomaba decisiones sin consultarle. Cuando finalmente vio que todo iba a ser un asunto irlandés y clerical, y teniendo en cuenta la necesidad de su presencia permanente en el Oratorio, que era su primer deber, renunció en 1858. Los obispos le solicitaron que se quedara un año más como Rector no residente y aceptó. Finalmente, a pesar de los esfuerzos, la universidad no fue reconocida oficialmente, y como los obispos no querían que fuese autónoma, sobrevivió hasta 1882.

La grandeza de alma de Newman, a pesar de este fracaso, se mostró en los elogios y reconocimientos hacia Irlanda: *No he recibido*

¹⁹ Idea, 219-229.

²⁰ Idea, 232-233.

*otra cosa que amabilidad y atenciones que no merezco en absoluto. Pero no podemos decir que haya sido para él un verdadero "hogar" en la acepción que le hemos venido dando. Cumplió su misión con gran trabajo durante siete años, y luego se fue, pero su visión de fe le permitían tener pensamiento como los que vierte en uno de su Historical Sketches: *El visitante experimenta que le reciben con aquella cálida hospitalidad que ha sido siempre el orgullo de Irlanda; y por lo que se refiere a él personalmente, su sangre de origen queda olvidada en el bautismo religioso que le une a ello*²¹.*

En 1857 publica el volumen de Sermones predicados en ocasiones diversas, la mayoría en la iglesia universitaria de Dublín. Había que poner remedio a las *desastrosas deficiencias* que obstaculizaban la causa de la Iglesia, la primera de todas la baja calidad de la enseñanza católica en el mundo inglés. En 1859 funda la escuela del Oratorio, el tercer proyecto educativo después de la Tutoría del Oriel College de Oxford (1826-1832) y la Universidad de Irlanda (1851-1858). Tuvo gran éxito y su ejemplo y competencia elevó el nivel de las demás escuelas católicas inglesas.

Una historia contemporánea, y que no fue sino otro fracaso para Newman, se refiere a un pedido de Wiseman en nombre del episcopado inglés para que 'tenga a bien emprender la tarea, contemplada y deseada por tan largo tiempo, de dar a los católicos ingleses -y probablemente a otros muchos católicos de lengua inglesa- una traducción de la Biblia, precisa, de correcto lenguaje y bien anotada'²². Comenzó el trabajo enviando cartas a biblistas y teólogos y traductores, entre ellos al mismo St. John que había estudiado hebreo. Pero todo empezó a complicarse con dilaciones y bloqueos del pro-

pio Wiseman, y finalmente se abandonó el plan, teniendo Newman que pagar de su bolsillo los gastos hasta el momento.

Otra historia paralela y con parecido final fue la dirección por parte de Newman del *Rambler*, revista católica desde 1846, que había comenzado a tener problemas con el episcopado por críticas varias, y especialmente en 1859 por un tema que hacía referencia precisamente a los laicos. El gobierno acababa de nombrar una comisión real para la educación elemental, en la que no había ningún representante católico. Los obispos decidieron no cooperar con la comisión. En un artículo del *Rambler* escrito por Scott Stokes se insistía en que esta política episcopal de aislamiento era suicida, por lo que las escuelas mantenidas por el Estado ocuparían el lugar de las confesionales. Simpson, su director no quería cambiar de tono, y el episcopado para evitar mayores condenas pidió a Newman que mediara, quien finalmente aceptó la dirección. No tenía reparos en cuanto a los principios de la revista sino en cuanto al tono, pero quería que fuese un órgano de servicios a los laicos instruidos. En referencia al problema educativo escribió: *Reconociendo plenamente las prerrogativas del episcopado, creemos en verdad... que sus ilustrísimas realmente desean conocer la opinión del laicado sobre temas que conciernen especialmente a los laicos. Si incluso en la preparación de una definición dogmática se consulta a los fieles, como se ha hecho recientemente, por ejemplo, para la definición de la Inmaculada Concepción, es por lo menos igualmente natural anticipar la suposición de que se hará este acto de amabilidad y afinidad de sentimientos en cuestiones prácticas muy importantes, teniendo presente la condescendencia que corresponde a los que son 'forma facti gregis ex animo'. Si nuestras palabras o nuestro tono*

²¹ H.S., III, 257-258.

²² Cfr. L.D., XVIII, 122.

*fuera faltos de respeto, lo sentimos profundamente y pedimos perdón por ello; pero estamos seguros de que no es falta de respeto pensar, y haber pensado, que a los obispos les agradaría conocer los sentimientos de un influyente laicado antes de dar ningún paso del que quizá no podrán echarse atrás. Ciertamente no es falta de respeto hacia ellos desear que tengan a los seculares agrupados a su lado cuando se plantea el gran problema de la educación... Demasiado estamos convencidos de la desdicha de cualquier división entre los dirigentes de la Iglesia y el laicado instruido...²³. Ullathorne, obispo de Newman en Birmingham, no entendía que el laicado instruido fuese esencial a la Iglesia, y quería que abandonara la dirección. Aún tenía que sacar el número de julio y decidió defender su visión del laicado en la Iglesia. Escribió el célebre artículo *Sobre la consulta a los fieles en materia doctrinal*.*

El texto es una excelente contribución a lo que más tarde se llamará el *sensus fidelium*, es decir, que todo el pueblo cristiano posee una infalibilidad "pasiva" en materia de fe y costumbres, un instinto doctrinal que le permite reconocer intuitivamente si una doctrina o un comportamiento moral son o no correctos. Newman sostiene que cuando la jerarquía consulta al pueblo cristiano en asuntos de carácter pragmático, busca una opinión propiamente dicha, que normalmente influirá de algún modo en las decisiones que al final se adopten. Cuando la consulta se refiere, a temas de fe católica, es evidente que la jerarquía pretende sólo verificar la existencia de una doctrina, corroborar un hecho. Consultar no expresa aquí sumisión de la Jerarquía al sentido popular, sino únicamente confianza hacia ese sentir. Se busca determinar un hecho, su creencia, como un testimonio más de la tradición apostólica, que es base única para definir cualquier doctrina. Así se consulta también la liturgia y ritos de la Iglesia, porque son testigos de la antigüedad o uni-

versalidad de las doctrinas que contienen: *lex orandi lex credendi*. La Tradición apostólica vive en el Episcopado, en los doctores reconocidos, en el pueblo católico, en las liturgias, ritos y sacramentos, en las vidas de los santos, etc. Ninguno de estos canales puede ser olvidado, si bien hay que afirmar que el don de discernir, separar, definir, promulgar y hacer cumplir cualquier aspecto de la Tradición reside solamente en la Ecclesia docens.

Después de mostrar cómo la teología católica de siglos precedentes proporciona una base firme para sus afirmaciones (argumento histórico), observa Newman que la teología ha considerado este *consensus de los fieles*: a) como un testimonio sobre el hecho de los dogmas católicos, b) como un instinto o "fronema" que habita en el seno del Cuerpo Místico de Cristo, c) como un impulso o enseñanza derivados del Espíritu Santo, d) como una respuesta divina a la oración de los cristianos, y e) como una resistencia instintiva al error. Recuerda finalmente, a modo de ejemplo, que *el dogma niceno se mantuvo principalmente, durante la mayor parte del siglo IV, no por la inmovible firmeza de los Concilios o de los obispos, sino por el "consensus fidelium"... en aquel tiempo de inmensa confusión el dogma divino de la divinidad de nuestro Señor fue proclamado, fortificado, mantenido y (humanamente hablando) preservado, mucho más por la "Ecclesia docta" que por la "Ecclesia docens... el cuerpo del episcopado fue infiel a su cargo mientras el cuerpo del laicado fue fiel a su bautismo... lo cual no equivale a decir que el cuerpo episcopal en su conjunto fuera heterodoxo, que numeroso clero no se mantuviera junto a los laicos como soporte y guía, que los laicos no hubieran recibido inicialmente la fe por medio de obispo y sacerdotes y que algunos sectores del laicado no fueran ignorantes y llegarán a ser también corrompidos por lo arrianos que ocuparon las sedes episcopales y ordenaron clero herético²⁴.*

²³ Rambler, mayo 1859, 112-113.

²⁴ On Consulting the Faithful, de. J.Coulson, Londres, 1961, 54-55.

La importancia del ejemplo se ve por el hecho de que ocurrió en una edad tan temprana de la historia de la Iglesia y referido a la verdadera identidad de Cristo. Newman hace notar que el peligro actual es, siendo la jerarquía tan fiel y ortodoxa, que el rol del laicado se halle olvidado.

La tesis central es que *aunque el laicado sea únicamente reflejo o eco del clero en asuntos de fe, hay, sin embargo algo en la 'conspiratio pastorum et fidelium' que no se encontraría en los pastores solos*²⁵. A pesar de tantos matices el artículo no gustó, el malestar creció, hubo discusiones en el Sínodo de obispo de ese año, el artículo fue denunciado a la Santa Sede por el obispo Newport como herejía, y aunque Newman solicitó al cardenal Wiseman, que estaba en Roma, que le hiciera llegar qué cosas no eran correctas, cuando la Congregación de Propaganda Fide contestó, Wiseman y Manning (que era entonces su secretario) se olvidaron de la cuestión, y el silencio de Newman, que había creído terminado el asunto al no recibir la respuesta, fue interpretado en Roma como una desobediencia, y el malentendido no se aclaró hasta varios años después. En carta de Monseñor Talbot, el convertido inglés que estaba cerca del papa, escribió siete años después a Manning (que ya era arzobispo de Westminster): "Es la pura verdad que una nube se ha puesto sobre el doctor Newman en Roma desde que el obispo de Newport lo delató por herejía... ¿Cuál es la incumbencia de los seculares? Ir de caza, pegar tiros, dar banquetes. Estos son los asuntos que entienden, pero no tienen ningún derecho en absoluto a inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos... El doctor Newman es el hombre más peligroso de Inglaterra"²⁶. Manning no contesta defendiendo a Newman, siempre tendrá desconfianza y se opondrá a él, si bien encarna-

ba innegablemente una gran figura, que no sería justo disminuir por sus diferencias con Newman. Cuando St. John fue a Roma en 1867 descubrió que allí se le reprochaba no haber contestado a la lista de correcciones hechas por la Congregación de Propaganda Fide, y la nube se disipó. Pero habían pasado ocho años.

Estamos en la década del 60 y la vida de Newman proseguía su curso callado en sus ocupaciones dentro del Oratorio, oración, estudio, predicación, enseñanza y cuidado pastoral. La escuela fundada allí, vivió momentos críticos hacia 1861, que fueron superados, pero como siempre, la salud de Newman se quebrantaba, y esta vez estuvo a punto de sufrir una crisis de extenuación nerviosa. En 1863 Newman visitará a Faber en su lecho de muerte, quien no había sido precisamente amistoso con él. Dalgairns sucedió a Faber en el Oratorio de Londres, que se había establecido en la calle Brompton, donde está hasta el día de hoy.

Pero el gran suceso de esta época fue para Newman, leer en la publicación de enero de 1864 del *Macmillan's Magazine* un artículo de Charles Kingsley (clérigo anglicano, profesor de historia moderna y tutor del príncipe de Gales) sobre la Historia de Inglaterra, donde, sin ninguna necesidad introducía su nombre: "La veracidad por sí misma nunca ha sido una virtud para el clero romano. El padre Newman nos informa de que, tomándolo todo en consideración, no es menester que lo sea; que el disimulo es el arma que los cielos han dado a los santos para que con ella resistan a la fuerza bruta masculina de un mundo que se casa y se da en matrimonio". Asombrado e indignado, Newman escribió a los editores, recibiendo carta del propio Kingsley (que había firmado el artículo sólo con sus iniciales),

²⁵ *Id.*, 104.

²⁶ Cfr. H.I.D.Ryder, *Essays*, Londres, 1911, 280s.

ofreciendo retractarse si Newman demostraba que aquello era una injusticia. Newman redactó un folletín con la correspondencia. El punto era la afirmación de que había predicado que mentir no implica daño alguno. Kinsley publicó otro artículo: "¿Qué quiere decir entonces el doctor Newman?", que mejoró su posición en la polémica. Newman decidió entonces escribir la que sería su obra más famosa, el esfuerzo asombroso de defender su integridad y veracidad relatando la historia de sus ideas religiosas que le llevaron a la conversión y en defensa del clero católico ofendido: la *Apologia pro vita sua*. La escribió de pie, como era costumbre por entonces, sobre una mesa alta que hoy se puede ver en la biblioteca del oratorio de Birmingham.

El contenido de la obra lo hemos recorrido ya en las numerosas referencias al texto. Pero no así su último capítulo titulado *Mi estado de espíritu desde 1845*, donde defiende al sacerdocio católico acusado por Kinsley, y dedica la primera mitad del capítulo al tema de la infalibilidad de la Iglesia, y su relación con el pensamiento de los teólogos. Por entonces estaba el tema candente, ya que había tenido lugar en Munich un congreso de eruditos católicos alemanes bajo la presidencia del teólogo Döllinger, sobre el estudio histórico y crítico de la teología, desaprobando las censuras romanas y despreciando la teología escolástica. Pío IX contestó con un documento que rechazaba estos ataques, denegando libertad de movimiento a los científicos en sus investigaciones.

Newman comienza haciendo una pintura de la situación de entonces: *...en estos últimos días, fuera de la Iglesia católica, las cosas tienden, de una forma u otra, al ateísmo, con mucha más rapidez que en tiempos idos debido a las circunstancias de nuestra edad. ¡Qué espectáculo, qué perspectiva*

presenta hoy día Europa entera! Y no sólo Europa, sino todo gobierno y toda civilización por todo el mundo, que está bajo la influencia del espíritu europeo. Y especialmente, por tocarnos más de cerca, ¡qué doloroso espectáculo nos presenta, en materia de religión, aun tomada en su forma más elemental y atenuada, el mundo intelectual de Inglaterra, Francia y Alemania! Luego entra en el tema de la infalibilidad de la Iglesia: Suponiendo que sea la voluntad del Creador intervenir en los asuntos humanos y tomar prevenciones para mantener en el mundo un conocimiento de Sí mismo tan definido y claro que esté a prueba contra la fuerza del escepticismo humano, en tal caso... nada hay que sorprenda mi espíritu en que Él tuviera por acomodado introducir en el mundo un poder dotado de infalibilidad en materias religiosas. Pareja prevención sería un medio directo, inmediato, activo y pronto para advenir a la dificultad; sería un instrumento adecuado a la necesidad; y cuando me encuentro con que eso cabalmente pretende la Iglesia católica, no sólo no siento dificultad alguna en admitir la idea, sino que hay en ella una adecuación que la recomienda a mi espíritu.... Digo pues, que un poder dotado de infalibilidad en la enseñanza religiosa está felizmente acomodado para ser instrumento eficaz, dentro de los asuntos humanos, para contrarrestar y repeler la fuerza inmensa del entendimiento, agresivo, caprichoso e indigno de crédito...²⁷.

Este "poder" concedido a la Iglesia, *debe ejercerse de manera legítima... y en tal caso pretende conocer con certeza la significación precisa de cada parte del mensaje que fue confiado por nuestro Señor a los apóstoles. Pretende conocer sus propios límites, y decidir lo que puede determinar absolutamente y lo que no puede. Pretende, además, juzgar sobre afirmaciones que no son directamente religiosas, por lo menos en cuanto a*

²⁷ Apo., 243-246.

determinar si tienen indirectamente que ver con la religión y, de acuerdo con su juicio definitivo, pronunciar, en un caso particular, si están o no en armonía con la verdad revelada. Pretende decidir magisterialmente si tales o cuales afirmaciones son o no son perjudiciales al "depositum fidei", en su espíritu o en sus consecuencias y, según eso, permitir las o condenarlas y prohibirlas... Es un poder sobreeminente y prodigioso, enviado a la tierra para contrarrestar y vencer un mal gigantesco. Y con este preámbulo él mismo profesa someterse a estas pretensiones: *Creo la totalidad del dogma revelado... infaliblemente interpretado por la misma autoridad a la que fue confiado... me someto a las tradiciones de la Iglesia universalmente recibidas por la Iglesia... sométome también a aquellas otras decisiones, teológicas o no, de la Santa Sede por medio de los órganos que ella misma ha establecido... Considero también que, gradualmente y a lo largo de las edades, la investigación católica ha tomado ciertas formas definitivas y se ha convertido en una forma de ciencia, con método y fraseología propia, bajo la égida intelectual de grandes espíritus, como San Atanasio, San Agustín y Santo Tomás; y no siento la menor tentación de hacer trizas ese gran legado de pensamiento que así nos ha sido confiado para estos días postreros*²⁸.

Después de tales afirmaciones, reconoce que muchos piensan que el incansable entendimiento de nuestra común humanidad queda por extremo rebajado, hasta la represión de todo esfuerzo y de toda acción independientes, de forma que, si de esa manera hay que ponerlo en orden, sólo se lo pondrá para ser destruido. Pero según Newman no es eso lo que se desprende de la historia de los conflictos entre la infalibilidad y la razón en el pasado, ni de su perspectiva en lo venidero... La resolución del conflicto reside en el notable argumento de que lejos de ser contradictorios, la autoridad y la razón se necesitan la una



Oratorio de Birmingham, pasillo donde está la habitación de Newman.

a la otra: *El inmenso cuerpo católico, y sólo él, ofrece un palenque para los dos combatientes en este duelo, nunca acabado. Y es necesario para la vida misma de la religión, considerada en sus grandes operaciones y en su historia, que esta guerra se sostenga incesantemente. Cada ejercicio de la infalibilidad se lleva a cabo por una intensa y variada operación de la razón, por parte de sus aliados y adversarios, y, una vez llevado a cabo, provoca a su vez una reacción en contra. Y a la manera que, en un gobierno civil, el Estado existe y perdura por la rivalidad y choques, por los triunfos y derrotas de sus partes constitutivas, así, la cristiandad católica no es simplemente una exhibición de absolutismo religioso, sino que*

²⁸ Apo., 249-251.

ofrece el cuadro constante de autoridad y juicio privado, que avanzan y retroceden alternativamente como el flujo y reflujo de la marea; es un vasto conjunto de seres humanos dotados de entendimientos tozudos y pasiones salvajes, que se mantienen unidos por la belleza y majestad de un poder sobrehumano, que los lleva a lo que podría llamarse un gran reformatorio o escuela de adiestramiento, no a un hospital o a una cárcel para meterlos en una cama o enterrarlos vivos, sino (si se me permite cambiar de metáfora) a una especie de factoría o fragua moral para ser fundidos, refinados y remodelados, por un proceso continuo y ruidoso, de la materia prima de la naturaleza humana, tan excelente, tan peligrosa y tan capaz de los designios divinos.

Y continúa insistiendo San Pablo dice en alguna parte que su poder apostólico le fue dado para edificar, no para destruir. No puede darse mejor definición de la infalibilidad de la Iglesia. Es una providencia para una necesidad y no va más allá de esta necesidad. Su objeto, y también su efecto, no es debilitar la libertad y el vigor del entendimiento humano en las especulaciones religiosas, sino insistir y vigilar sus extravagancias. ¿Cuáles han sido sus grandes hechos? Todos en el campo estricto de la teología: derribar el arrianismo, cutiquianismo, pelagianismo, maniqueísmo, luteranismo y jansenismo.

Esta infalibilidad tiene sus límites: las grandes verdades de la ley moral, de la religión natural y de la fe apostólica son al mismo tiempo su límite y su fundamento. No puede ir más allá de esas verdades... la nueva verdad que se promulga, si es que puede llamarse nueva, ha de ser por lo menos homogénea, análoga, implícita respecto de la antigua. Debe ser la que yo he podido incluso adivinar o desear que estuviera incluida en la revelación apostólica²⁹

Ahora bien, Newman pasa a considerar lo que significa una prueba aún mayor para la razón, esto es que, la Iglesia católica pretende no sólo juzgar infaliblemente sobre cuestiones religiosas, sino también censurar opiniones sobre materias profanas relacionadas con la religión, sobre materias de filosofía, ciencia, literatura e historia... En este terreno no habla tanto doctrinalmente cuanto impone medidas de disciplina, que no son infalibles pero que reclaman obediencia. Newman hace notar que del hecho de que haya en la Iglesia católica un don de infalibilidad no se sigue en absoluto que los sujetos de ese don sean infalibles en todos sus procedimientos. Yo creo - dice - que la historia de la Iglesia nos ofrece ejemplos de que el poder legítimo fue usado con dureza. Admitir eso no pasa de decir que, con palabras del Apóstol, ese tesoro divino es llevado en vasijas de barro; pero no se sigue que la sustancia de los actos del poder que manda no sea recta ni conveniente porque su modo haya podido ser vicioso. Tan altas autoridades obran por medio de instrumentos u órganos, y sabemos que tales órganos reclaman para sí el nombre de sus superiores, que cargan así con faltas que realmente no son suyas³⁰.

Newman afirma que, a pesar de los abusos, la historia muestra que la autoridad eclesiástica, después de todo, en general, tenía razón, y que quienes hubieron de sentir su mano dura estaban casi siempre equivocados. Yo amo, por ejemplo, el nombre de Orígenes... pero estoy plenamente cierto que en la disputa entre su doctrina y sus seguidores y la autoridad eclesiástica, sus adversarios tenían razón y él no. Estas contradicciones las resuelve en una perspectiva original, al mismo tiempo iluminadora y provocativa: Al leer, de anglicano, la historia eclesiástica, solía ver con evidencia cómo el error inicial de lo que después venía a ser herejía procedía de apremiar

²⁹ Apo., 251-253.

³⁰ Apo., 257-258.

alguna verdad contra la prohibición de la autoridad y fuera de sazón. Todas las cosas tienen su tiempo; muchas gentes desean la corrección de un abuso, o el más pleno desenvolvimiento de una doctrina, o la adopción de determinada política; pero olvidan preguntarse a sí mismos si ha llegado el momento oportuno; y sabiendo que nadie llevará a cabo una cosa en vida de ellos si no la acometen por sí mismos, no quieren oír la voz de la autoridad, y así impiden una buena obra en su propio siglo para que otro, quizá aún no nacido, tenga oportunidad de llevarla felizmente a cabo en el siguiente. Ese hombre podrá parecer al mundo todo un audaz campeón de la verdad y un mártir del libre pensamiento, cuando es, en realidad, uno de aquellos a quienes la autoridad competente tiene el deber de reducir al silencio, y aunque el caso pueda no caer dentro de la materia en que tal autoridad es infalible, o las condiciones formales en que se ejercita este don sean defectuosas, pero es evidente que el deber de la autoridad es, en tal caso, obrar enérgicamente. Sus actos pasarán a la posteridad, sin embargo, como ejemplos de injerencia tiránica en el juicio individual... Y todos lo que se pongan del lado de la autoridad serán tenidos por oportunistas o por indiferentes a la causa de la justicia y de la verdad; por otra parte, la autoridad puede ser accidentalmente sostenida por un partido ultraviolento que lleva las propias opiniones a dogmas y tiene por divisa destruir toda otra escuela de pensamiento que no sea la suya propia³¹.

Las palabras que siguen en referencia a que dado el tono de seguridad que adoptan las escuelas del saber profano, (tantas almas) corren peligro de ser arrastradas a un abismal liberalismo de pensamiento... pues se plantea la cuestión de cómo han de componerse las respectivas pretensiones de la revelación y de las ciencias natu-

rales³², muestran que Newman lucha entre ultramontanos y liberales, y que no quiere establecer una posición de componenda, sino establecer la verdad a través del conflicto de los opuestos.

La única cuestión es si la autoridad ha actuado sobre la razón de los individuos de forma que no puedan tener opinión propia y sólo les quede la alternativa de servil superstición o de secreta rebelión de corazón. Yo creo que la historia entera de la teología da un mentís absoluto a tal supuesto. La prueba de que la infalibilidad no ha abortado la libertad intelectual en la Iglesia es que no ha sido la Santa Sede, sino ciertos individuos quienes han tomado la iniciativa y dirigido el pensamiento católico, en la investigación teológica. Con cierta ironía Newman señala que uno de los reproches dirigidos contra la Iglesia católica es el de no haber producido nada y haber servido sólo de una especie de "rémora" o freno en el desenvolvimiento de la doctrina. Yo acepto la objeción como una verdad, pues tal concibo que es el fin principal de su don extraordinario. Luego siguen algunos ejemplos históricos. El hecho es que Roma no poseyó ningún gran talento durante el período de las persecuciones. Posteriormente, por largo tiempo, no tuvo doctor alguno de que gloriarse; el primero, San León, sólo enseñó un punto de doctrina; San Gregorio, que ocupa el último extremo de la primera edad de la Iglesia, no tiene lugar alguno en la historia del dogma o de la filosofía. La gran luminaria del mundo occidental es, notoriamente, San Agustín, quien, sin ser maestro infalible, modeló el pensamiento de la Europa cristiana... Además, de los teólogos africanos, el primero en orden de tiempo y no el menor en influencia es Tertuliano, de fuerte inteligencia y heterodoxo. La inteligencia oriental, como tal, no dejó tampoco de contribuir a la formación de la doctrina latina. El pensamiento libre de Orígenes se ve claro en los escritos de los doctores occidentales Hilario y Ambrosio, y el

³¹ Apo., 258-260.

³² Apo., 260.

espíritu independiente de Jerónimo enriqueció sus vigorosos comentarios a la Escritura con los tesoros del apenas ortodoxo Eusebio. Cuestiones heréticas pasaron a ser, por el poder vivo de la Iglesia, verdades saludables. Lo mismo cabe decir de los concilios ecuménicos... en el proceso de investigación y deliberación que acabaría en una proposición infalible, la razón individual era predominante. Así Malquión, simple presbítero, fue el gran instrumento del sínodo de Antioquía, en el siglo III... Semejante a este ejemplo es la influencia, bien conocida, de un joven diácono, Atanasio, sobre los trescientos padres de Nicea. En tiempos medievales leemos de San Anselmo que fue, en el concilio de Bari, campeón contra los griegos. En Trento, los escritos de San Buenaventura, y, lo que hace más al caso, la intervención de Salmerón, simple sacerdote y teólogo, tuvo influencia crítica sobre algunas definiciones dogmáticas³³.

Es este, sin duda, el momento para aplicar estas consideraciones de Newman a él mismo, por su influencia en toda la teología del siglo XX, pero aún en los textos conciliares del Vaticano II, y citado cuatro veces en el Catecismo Universal recientemente promulgado. En este sentido cabe decir que, cronológicamente, es el último teólogo citado, sin ser aún canonizado ni nombrado Doctor de la Iglesia. También aparece en el texto mismo de la Encíclica Veritatis Splendor.

Newman quiere en esta páginas de la *Apologia* mostrar el delicado balance que ha habido entre Magisterio y ejercicio de la teología, y lo hace incluso hablando de la Edad Media, que muchos católicos de su tiempo idealizaban. *A través de toda la historia de la Iglesia desde sus orígenes, ¿cuán lenta ha sido la autoridad en sus intervenciones !... tal modo de proceder no sólo tiende a la libertad, sino al aliento de los teólogos y controversistas individuales... Zózimo*

trató a Pelagio y Celestio con extremada indulgencia; San Gregorio VI fue igualmente indulgente con Berengario. Por razón de su mismo poder, los papas han sido, por lo común, lentos y moderados en usar del mismo. Por otro lado, ¿cómo se han respetado las tradiciones griegas en los últimos concilios ecuménicos y hasta qué punto se han tenido en cuenta, a pesar de que las naciones en que se conservan se hallan en estado de cisma !... tales influencias nacionales tienen un efecto providencial para moderar la tendencia que las influencias locales de Italia pueden ejercer sobre la sede de San Pedro... parece que, como ya he dicho, la catolicidad no es únicamente una de las notas de la Iglesia, sino, de acuerdo con el designio divino, una de sus seguridades...yo espero que todas las razas europeas tendrán siempre su lugar en la Iglesia y pienso con toda certeza que la pérdida del elemento inglés, y no digamos del alemán, en su composición ha sido una desgracia muy seria³⁴.

Estos pasajes son demostrativos del conocimiento de la historia que Newman tenía, y que usaba como argumentación predilecta. La *Apologia* fue leída en toda Inglaterra y reconocida la veracidad de su autor, su grandeza intelectual, y muchos anglicanos renovaron su amistad con él. Los católicos le consideraron verdaderamente su líder y le llegaron felicitaciones de *old catholics*. Los únicos descontentos fueron los ultramontanos, y Manning se mantuvo indiferente.

Estos temas ocuparon la mente de Newman de una manera intensa en los años 60 y culminaron en los 70, década que inauguró el Concilio Vaticano I, con la definición dogmática de la infalibilidad papal. A esta etapa final dedicaremos el último capítulo de esta semblanza biográfica.

³³ Apo., 264-266.

³⁴ Apo., 267-269.



Una de las primeras Fotos de Newman, tomada por S. Bureau, en París, 1863.

Basilio y Gregorio

TRADUCCIÓN INÉS DE CASSAGNE

¿Qué pláticas son ésas que mantenéis entre vosotros mientras andáis y estáis tristes?

Sucede con frecuencia que personas de muy diferentes talentos y gustos se atraen mutuamente por esta misma disimilitud. Viven en intimidad un tiempo, quizás mucho tiempo, hasta que las circunstancias cambian, o algún súbito evento viene a ponerlos a prueba. Entonces las particularidades de sus respectivas mentes salen a la palestra, sobrevienen querellas, que terminan en frialdad o separación. No sería justo ni verdadero decir que esto está ejemplificado en el caso de los dos santos Apóstoles cuya "ruda contienda" se relata en el libro de los *Hechos* (XV, 35-39), pues ellos habían sido unidos en espíritu una vez por todas por un don divino; y con todo, su disputa nos recuerda lo que de continuo ocurre en la vida. Se parece tanto a los habituales conflictos que tienen lugar entre amigos, en cuanto proviene de las diferencias de temperamento y carácter de dichos privilegiados servidores de Dios. El corazón pleno de celo del Apóstol de los Gentiles no aguantaba la presencia de alguien que se apartase del camino trazado; el espíritu indulgente de Bernabé sintió que una primera falta no ha de ser una prueba decisiva. Tales son los dos caracteres principales que se hallan en la Iglesia -alta energía y suave temperamento-; lejos de ser incompatibles, por cierto, unidos en los Apóstoles, aunque en distintas relativas proporciones, pero sólo parcialmente combinados en los cristianos comunes, y con frecuencia separados uno del otro.

Este contraste de caracteres, que lleva primero a la intimidad, y luego a los diferendos, se despliega de un modo interesante, si bien penoso, en un pasaje de la historia de Basilio y Gregorio: Gregorio, el afectuoso, el tierno de corazón, el hombre de prontos sentimientos, el cumplido y elocuente predicador, y Basilio, el hombre de firme resolución y enérgicas realizaciones, el jefe de alto vuelo del rebaño de Cristo, el diligente trabajador en el campo de la política eclesiástica. En esto diferían, no sin tener mucho en común también: ambos poseían la bendición y a la vez la incomodidad de una mente sensible; ambos se consagraron a una vida ascética; ambos eran de gustos clásicos; ambos fueron eminentes campeones del Credo Católico; ambos estaban entrenados para argumentar y lo hacían con éxito; ambos ocuparon cargos de los más elevados en la Iglesia, uno Exarca de Cesarea, el otro, Patriarca de Constantinopla. Ahora intentaré esbozar la historia de su intimidad.

2

Tanto Basilio como Gregorio eran nativos de Capadocia, aunque aquí también, bajo diferentes circunstancias. Basilio había nacido en una buena familia, y de antecesores cristianos. Gregorio fue hijo del obispo de Nacianzo, quien había sido criado como idólatra, o más bien como hypsistariano, mezcla extraña de religiosidad, en parte judía, en parte

pagana; convertido al cristianismo por los esfuerzos de su esposa Nonna, y admitido en la iglesia de Nacianzo por el bautismo; posteriormente fue elegido obispo de esta ciudad pero al no tener una base firme en la fe, consiguieron que la traicionara adhiriendo en 360 al credo arminiano, que le trajo muchos problemas, pero del cual finalmente fue rescatado por su hijo. Como Cesarea no distaba mucho de Nacianzo, los dos amigos se conocieron en su propia patria; pero su intimidad comenzó en Atenas, a la cual llegaron cada uno por distintas sendas con propósitos de estudio. Esto era alrededor del 350 d.JC cuando tenían ambos 21 años. Gregorio llegó a la sede del saber un poco antes que Basilio, y así pudo hospedarlo y guiarlo a su arribo; pero la fama de los méritos de Basilio había cundido antes y se había propagado, según parece, en aquel sitio que, como en ningún otro, le resultaba difícil destacarse a un extranjero, y esto con una facilidad muy propia de él. Pronto se vio admirado y respetado por sus compañeros; pero Gregorio fue su único amigo, y compartía con él la reputación de sus talentos y honras. Permanecieron en Atenas durante cuatro o cinco años, y hacia fines de la estadía llegaron a conocer a Juliano, luego tristemente conocido en la historia como "el Apóstata".

Posteriormente describió Gregorio su intimidad con Basilio en estos términos:

Atenas y las letras se dieron cita en el escenario de mi vida:

otros podrán decir cómo las encontré, cómo, en el temor de Dios, yo me hallaba más avanzado entre quienes poseían una ciencia más que mortal, y de qué modo, entre los azares y el ímpetu de la alocada rivalidad juvenil, corrió tranquila mi vida, como el manantial que bulle y se mantiene fresco bajo una capa de aguas turbias, sin que logran desviarlo los artesanos del mal, y acercando en cambio a mis

allegados a una suerte mejor.

En Atenas recibí también de Dios un regalo aún más valioso: hacerme amigo de alguien de alto vuelo sapiencial, en conocimientos y en modo de vida sin rival.

¿Preguntas su nombre? Es Basilio, desde entonces la mayor ganancia de mi vida -y por entonces mi compañero muy querido de residencia, de estudios y de ardor por el saber.

¿Acaso no he de jactarme de haber formado con él, y no sin cierto renombre en Grecia, el dúo más fiel?

Teniendo en común todo, éramos una sola alma alojada en doble marco corporal.

El pensamiento de Dios por encima de todo, era nuestro lazo especial, así como el ardiente deseo por la santidad.

El uno al otro se atrevía a confiar al punto de poder volcar hasta lo más hondo del corazón; y de este modo nos amábamos más, porque la simpatía abogaba a nuestro favor y hacía de ambos uno solo.

Los dos amigos se habían formado para ser retóricos, y sus poderes oratorios eran tales, que prometían todo el éxito para la mundana ambición. Sus nombres eran conocidos a lo lejos y a lo ancho, sus talentos eran admitidos hasta por los enemigos, y ellos personalmente eran muy populares en el círculo de sus allegados. Es en estas circunstancias que tomaron la extraordinaria resolución de retirarse del mundo juntos -extraordinaria la llama el mundo, totalmente perplejo al constatar que haya personas sanas que conciban y estimen objetivos mejores que sus propios dones y favores-. Ellos resolvieron pedir el bautismo a la Iglesia y dedicar sus talentos al servicio de Aquel que se los había dado. Con temperamentos muy distintos -el uno, grave, el otro vivaz; uno proclive a deprimirse, el otro sanguíneo; el uno con graves pensamientos, el otro con pensamientos agudos y cálidos-, llegaron de mutuo acuerdo a la conclusión de que las cosas visi-

bles no pueden compararse con las cosas invisibles. Se retiraron del mundo por más que el mundo los apremiaba a quedarse.

Lo que ocurrió cuando estaban a punto de dejar Atenas representa, como en figura, la manera con que cada uno se despidió del mundo y ellos entre sí. Al llegar el día de los adioses, sus compañeros y colegas, y hasta algunos profesores, fueron a buscarlos para oponerse a su partida mediante súplicas, argumentos y aún violencias. Esta ocasión mostró también sus respectivas disposiciones, pues el firme Basilio perseveró y se marchó, mientras Gregorio, de corazón tierno, se dejó influir y se quedó por un tiempito más. Basilio, de hecho, a pesar de la reputación que lo esperaba, ya desde el principio se había desilusionado de la literatura y de la filosofía, y parece haber dejado el mundo a partir de la simple convicción de su vacío. Dice Gregorio al respecto:

Él, cuando al modo humano se desconcertó, pues una cosa que esperábamos fuera mayor resultó ser menor de lo que se decía, comenzó a entristecerse, y se puso impaciente, al punto de no poder ya permanecer en su lugar de residencia. Habiendo avistado un objeto con esperanza, llamó a Atenas una 'felicidad vacua.

Gregorio, por el contrario, miraba las cosas con más optimismo, como lo muestran estas siguientes observaciones:

En esto estaba Basilio; pero yo conseguí quitarle gran parte de su aflicción enfrentándola con argumentos, suavizándola con reflexiones y haciéndole notar (lo que es muy verdadero) que no se llega a comprender el carácter enseguida, sino sólo con el tiempo y con honda intimidad; y que tampoco están en condiciones de estimar los estudios los principiantes que recién empiezan, poco probados y en contacto superfi-

cial con los mismos. De este modo lo consolaba, y mediante continuos esfuerzos mutuos, me ligaba con más fuerza a mi amigo. (Orat.43).

3

Pero Gregorio tenía sus propias razones para dejar el mundo, más allá de lo que compartía con Basilio. Su madre lo había consagrado a Dios, antes y después de su nacimiento, y cuando era niño él había tenido un sueño notable, que le impresionó mucho.

Habiéndome dormido -dice en uno de sus poemas que trasladado a prosa sigue así- 'me vino un sueño que me indujo rápidamente a desear la castidad. Dos formas virginales, de blanco, brillaban junto a mí. Ambas eran bellas y de la misma edad, y su ornato residía en la ausencia de aquellos que habitualmente forman parte de la belleza femenina. Nada de oro ni de jacinto por adorno en el cuello, ni seda delicada por vestido. Sus hermosas vestes estaban sujetas por un cordón y les llegaban hasta los tobillos. Sus cabezas y rostros se ocultaban tras un velo y sus ojos miraban al suelo. Mas hasta donde podía uno observar bajo sus espesos velos, lucía en ambas el bello resplandor de la modestia. Sus labios permanecían cerrados en silencio, como una rosa bajo sus hojas cubiertas de rocío. Al verlas me regocijé mucho, pues me dije que eran más que mortales. Y ellas por su parte no cesaban de besarme, y yo en tanto recibía luz de sus labios mientras me mimaban como a un hermano querido. Y cuando les pregunté quiénes eran y de dónde venían, una me contestó: 'Pureza', y la otra: 'Sobriedad'; 'Estamos junto a Cristo, el Rey, y nos deleitamos con la belleza de las celestiales vírgenes. Ven pues, hijo, une tu mente a nuestra mente, tu luz a la nuestra; así te arrebataremos con todo esplendor por el aire hasta colocarte bajo los rayos de la inmortal Trinidad'. (Carm. P.930)

Gregorio continúa diciendo que nunca perdió la impresión que esto le hizo: como una *chispa de fuego divino* o como un *gusto a leche y miel divinas*.

Según esta descripción, podemos conjeturar que Gregorio abandonó el mundo a partir de una temprana pasión (si es que la podemos llamar así) por una pureza mayor que su propia naturaleza; y que Basilio lo hizo al percibir la nada del mundo y su corrupción. Ambos parecen haber considerado al mundo como una especie de ejercicio penitencial y a la vez un medio para alcanzar la perfección.

Una vez que resolvieron consagrarse al servicio de la religión, se preguntaban sobre cuál sería el mejor modo de mejorar y emplear los talentos que les fueran confiados. Nunca se les pasó por la cabeza la idea de casarse y ordenarse, ni de construir o hermosear parroquias, ni de dedicarse a obras caritativas o buenos oficios, ni de ocuparse de una familia. Ellos creyeron que debían renunciar a tener mujer, hijos, propiedades, en vistas a ser perfectos; y, convencidos de ello, pensaron que su elección estaba entre dos modos de vida, considerados como extremos. Por esto permanecieron un tiempo perplejos. Gregorio habla de dos disciplinas ascéticas, la del solitario o eremita, y la del secular; dice que la primera es provechosa para uno mismo y la otra para el prójimo: En el medio, empero, está la disciplina del cenobita, comúnmente llamada monástica: retirada del mundo pero actuando en un círculo selecto. Tal fue la regla que al fin decidieron adoptar los dos amigos, alejándose de en medio de la sociedad para servirla con mayor utilidad.

He aquí el pasaje en que Gregorio describe la vida escogida por los dos amigos de común acuerdo:

Violento era el torbellino en mi mente agitada por la tormenta, buscando, entre sendas santas, una senda más santa aún.

Mucho tiempo había luchado por ahogar pensamientos carnales, y ahora lo hice con más energía todavía.

Mas, cuando contemplaba metas más divinas, no acertaba a discernir cuál era la mejor, pues, como siempre en las cosas terrenas, cada una poseía su lado malo, y cada una su nobleza.

Yo era el peregrino de un arduo viaje, que había superado las olas, y heme aquí ahora mirando entorno, con ojos ansiosos, para distinguir mi camino en la tierra.

Entonces surgió la impresionante imagen del Tesbita¹ su elevado Carmelo, y su extraño alimento; la imagen del Bautista, rico en su soledad; y la de los despojados hijos de Jonadab, mas pronto sentí el amor por los Santos Libros, brillando mi espíritu con este sabio conocimiento que el desierto no puede escuchar, ni el silencio enseñar.

Largo fue mi combate interior, hasta que acabó así: vi que cuando los hombres viven en el mundo agitado pueden ayudar a otros, pero a la vez arriesgan la calma y la pureza de sus corazones.

Quienes se retiran alcanzan un puerto más apto para elevar sus ojos con serena energía al Cielo, pero les sirve a ellos, sin fraternizar.

Y así, entre esto y aquello, tracé mi ruta en vistas a meditar con los libres solitarios y viviendo a la vez como seglar y sirviendo a la humanidad.

4

Después de partir de Atenas, Basilio no tardó mucho en poner en práctica su resolución, y habiendo fijado su lugar de retiro en el Ponto², le escribió a Gregorio recordándole su promesa.

¹ Elías

² en Asia Menor (nota de la traductora)

Como Gregorio vacilaba, volvió a escribirle para quejarse. Gregorio le contestó así:

No cumplí con mi palabra, lo reconozco, habiendo asegurado siempre desde Atenas cuando anudamos nuestra amistad y unión de corazones, que sería tu compañero, entregado a una vida estricta contigo. No obstante, estoy actuando contra mi deseo, por un deber que anula otro deber: el deber de respeto filial, al deber de amistad... Con todo, podría aún cumplir mi promesa hasta una cierta medida, si es que aceptas esto: iré a tu encuentro por un tiempo si, a tu vez me

acompañas tú aquí. De este modo cumpliríamos un mutuo servicio de amistad y pondríamos todo en común. Y asimismo evitaría contristar a mis padres, sin perderte. (Ep.1)

Si recordamos lo mencionado anteriormente sobre el padre de Gregorio, comprendemos que realmente había urgentes razones para que su hijo no lo dejara, cuando llegó el momento, y que al optar tuviese en cuenta sobre todo los lazos que lo ligaban a su padre y a su madre, ambos de edad avanzada. Pero Basilio se decepcionó, y en lugar de retirarse en el Ponto, con-



San Basilio Magno

sagró un año a visitar las instituciones monásticas de Siria y Egipto. A la vuelta volvió a pensar en Gregorio, y trató de superar el obstáculo instalándose en un distrito llamado Tiberina, cerca de la casa de Gregorio. Mas habiendo constatado que el lugar era frío y húmedo, desechó la idea. En una ocasión, mientras vivía en Cesarea, donde estuvo un tiempo enseñando retórica, Gregorio le escribió esta carta familiar, como un campesino a un hombre de ciudad, no sin ironía sobre las peculiaridades de Basilio:

¡No me echarás la culpa a mí por el hielo y el mal tiempo en Tiberina, tú, el de zapatos lustrados, que caminas en punta de pie, a saltitos! ¡Hombre emplumado y volátil, montado en la flecha de Abaris, te evades de Capadocia aunque eres de Capadocia! Es una injuria que ustedes, gente de ciudad pálida, no puedan respirar a pleno pulmón ni ver el sol más que de a ratitos, mientras nosotros estamos gordos, saludables y henchidos! ¡Qué le vamos a hacer!: así son ustedes, unos caballeros, ricos, hombres de mundo, y esto yo no puedo aprobarlo. Por lo tanto, no digas una palabra más contra nuestro barro -como tú no hiciste la ciudad, tampoco yo hice el invierno-. Si vuelves a hablar, yo podría contraponer a nuestros defectos los del comercio y todo lo malo que hay en la ciudad. (Ep. 2).

En el interín Basilio había elegido para su retiro un sitio cercano a Neocesarea, en el Ponto, al lado del pueblo donde se hallaba la propiedad de su padre, donde él mismo, de pequeño, había sido educado por su abuela Macrina, y al cual su madre y su hermana habían venido a retirarse tras la muerte de su padre. Entre los dos lugares corría el río Iris. A una milla de su monasterio estaba la Iglesia de los Cuarenta Mártires, en la cual habían sido sepultados sucesivamente el padre, la madre y la hermana. Dichos mártires fueron víctimas de la persecución de Licinius en Sebaste. Emmelia, la

madre de Basilio, había recogido sus reliquias, y el propio Basilio, al igual que su hermano Gregorio de Nissa, habían dedicado homilias a celebrarlos. Fue allí, entonces, donde Basilio residió en sagrado retiro durante unos cinco o seis años. Al establecerse le escribió a Gregorio:

Mi hermano Gregorio me escribe que hace rato desea estar conmigo, y agrega que tú también lo deseas; sin embargo, no puedo esperar, en parte porque me cuesta creerlo, a raíz de haberme decepcionado tan seguido, y en parte porque me hallo tironcado por muchos trabajos. Tengo que partir inmediatamente para el Ponto, donde, quizás, si Dios quiere, pondré fin a mis andanzas. Tras renunciar, muy turbado, a las inútiles esperanzas que tuve alguna vez, o mejor dicho, a mis sueños (porque es cierto que las esperanzas no son sino sueños estando despierto), me trasladé al Ponto en busca de habitación. Allí Dios me ha ofrecido un sitio que responde exactamente a mi gusto, así que ahora contemplo con mis ojos lo que con frecuencia había soñado en mi fantasía.

Hay una montaña elevada, cubierta de espesos bosques, regada hacia el norte con arroyos frescos y transparentes. Una llanura yace abajo, fertilizada por las aguas que continuamente se deslizan hasta allí, bordeada por una espontánea profusión de árboles tan gruesos como para defenderla; de modo que supera a la Isla de Calypso, a la que Homero parece haber considerado el sitio más bello de la tierra. De hecho, es como una isla, rodeada como está por todos lados por hondos abismos que la separan en dos direcciones; el río, que baja desde un precipicio, corre rodeándola por todo un lado, y es infranqueable como un muro; mientras la montaña que se extiende arriba y se junta a los abismos en una creciente, corta el sendero en su raíz. No hay más que un paso, cuyo dueño soy yo. Detrás de mi vivienda hay otra garganta que se eleva hacia una prominencia en la cima,

como quien manda toda la extensión de la llanura y la corriente que lo abraza, lo cual no es menos bello a mi gusto que el Strymon, visto desde Amphipolis. Pues mientras este último fluye pausadamente y apenas se hincha como un lago, demasiado calmo para ser un río, el primero es la corriente más rápida que conozco, y a veces también con torbellinos, a causa de la roca que le amenaza encima. Por lo cual, al descargarse abajo con violencia en una pileta honda, forma el escenario más agradable para mí o para cualquier otro, y cuyas profundidades constituyen para la gente de la región, un manantial inagotable de peces. ¿Será necesario describir las exhalaciones de la tierra o las brisas desde el río? Que otros admiren la multitud de flores y pájaros cantores; pues yo no tengo tiempo para tales pensamientos. Empero, el mayor elogio del lugar es que, estando preparado para dar productos de todo tipo, nutre lo que para mí es el producto más suave de todos, la quietud: de veras, no sólo está exento del ruido de la ciudad, sino tampoco es frecuentada por viajeros, a no ser algún raro cazador. Abunda en presas de caza, tanto como en otras cosas, pero me alegra afirmarlo, no en osos ni en lobos, como los que ustedes tienen, sino en ciervos y cabras salvajes, liebres y otras bestezuelas semejantes. ¿No te impresiona pensar qué insensato error estuve cerca de cometer al cambiar este sitio por tu Tiberina, auténtico foso de toda la tierra? Perdóname, entonces, el haberme establecido acá ahora, pues ni el mismo Alcmeón, supongo, hubiera soportado seguir adelante vagando desde el momento en que encontró las Equínades.³ (Ep.4)

Gregorio contestó esta carta con otra, que nos ha llegado, en que se burla punto por punto

del cuadro sobre la soledad del Ponto, pintado por Basilio para atraerlo, y lo hace quizás por disgusto, quizás por el estado de ánimo de quien a propósito rebaja lo que, de haberlo admitido, hubiese resultado una gran tentación para él. Termina así:

Esto es quizás más largo que una carta, pero más corto que una comedia. En cuanto a tí, será bueno que tomes a bien esta reprimenda; si no, seguiré retándote. (Ep. 7)

5

Basilio se lo tomó a bien; pero ello no lo salvó de la amenaza contenida en la conclusión; pues Gregorio, después de haberle hecho una visita, siguió con el mismo tono burlón en una epístola posterior.

Gregorio a Basilio

Puesto que has tomado a bien mi reprimenda, te daré ahora otra, y para arrancar con Homero,

'Sigamos y cantemos tu adorno interior'⁴

es decir, la vivienda sin techo y sin puerta, el hogar sin fuego y sin humo, las paredes al menos suficientemente enduidas como para que la suciedad no se deslizara hasta nosotros mientras sufríamos el suplicio de Tántalo, la sed en medio de la humedad; aquel triste y magro banquete, para el cual me llamaste desde Capadocia, no como si se tratara de la frugal comida de los Lotófagos sino de la mesa de Alción, tendida para un mísero escapado del naufragio⁵. Recuerdo el pan y el caldo (como los llamaban) y seguiré recordándolos: cómo mis dientes se hincaban en

³ Las Equínades son islas que están en el Adriático, y el mito cuenta que allí se refugió Alcmeón. (nota de la traductora)

⁴ Gregorio adapta el pasaje de la *Odisea*, VIII (nota de la traductora)

⁵ Gregorio continúa con sus citas y comparaciones clásicas. El suplicio de Tántalo consiste en tener el agua y la comida al alcance de la mano y no poder beberla ni comerla. Los lotófagos (comedores de flor de loto) y el banquete de Alción, rey de los Feacios, a Ulises, relatados en la *Odisea*. (nota de la traductora)

tus cortezas y luego se apartaban con náuseas de esa pasta. Realmente tú podrías describir esto en un estilo trágico, adoptando ese sublime tono para tus sufrimientos. Yo, si no fuera por tu bondadosa madre que vino a rescatarme rápidamente, y en momentos de necesidad fue para mí como un puerto para el navegante en la tormenta, ya hace rato que hubiera muerto, habiendo obtenido poco honor, y más bien compasión, de la hospitalidad pónica. ¿Y cómo omitir aquellos huertos que no parecen huertos, desprovistos de legumbres? ¿Cómo olvidar la provisión de Augias que licuábamos para regarlos; o todo el tiempo que nos llevaba arar la colina, yo como viñatero, y tú delicado, con tu cuello y tus manos que todavía tienen las marcas del trabajo! ¡Oh tierra y sol, aire y virtud! Voy a declamar un poco, no para someter al Helesponto, sino para nivelar la pendiente. Si esta descripción no te incomoda, a mí tampoco; pero si a ti te incomoda, mucho más me incomodó a mí la realidad. Sin embargo, paso por alto la mayor parte de nuestras penurias a causa del tierno recuerdo que guardo de aquellas otras cosas que compartí contigo. (Ep.5)

Esta descripción no es por cierto un cuadro de comodidad; y contrasta curiosamente con la visión romántica de Basilio sobre las mismas cosas. Pero por la carta siguiente podemos conjeturar que éstas lo superaron a Gregorio; y como Basilio se sintió herido, le escribió:

Lo que te escribí antes sobre tu vivienda en el Ponto fue en broma, no en serio; pero ahora te escribo muy en serio. ¿Quién me diera volver a esos meses pasados, cuando tuve el lujo de arduos sufrimientos junto a ti? -ya que una pena voluntaria vale más que una comodidad involuntaria-. ¿Quién me diera poder volver a aquellas salmodias y vigiliias, y a esos ímpetus hacia Dios en la plegaria, y aquella vida, por así

decir, casi inmaterial e incorpórea? ¿o aquella unión entre hermanos, de naturaleza y de alma, por la cual tú los divinizas y los conduces a las alturas? ¿o aquel emularse en virtud y aquel elevarse el corazón, que hemos consignado por escrito en decretos y cánones? ¿o aquel amoroso estudio de los divinos oráculos, y las luces que en ellos encontramos, guiados por el Espíritu Santo? ¿O bien, para referirnos a cosas menores e inferiores, a las labores cotidianas, como recoger leña y partir piedras, plantar y drenar las acequias? O a aquel plátano dorado, más digno de honor que el de Jerjes, bajo el cual se me concedió sentarme, no como rey afeminado, sino como un monje fatigado, -por mí plantado, regado por Apolo (es decir, tu honorable persona, acrecentada por Dios, para mi honor), a fin de que guardes un memorial de mi amoroso trabajo, a semejanza de la vara de Aarón que (según la Escritura en que creemos) floreció y fue conservada en el Arca. Es muy fácil aspirar a estas cosas, pero no fácil ganarlas. Así y todo, por favor, ven a verme para revivir mi virtud y trabajar conmigo; y si algún beneficio logramos juntos entonces, presérvamelo mediante tus oraciones, no sea que se amustie poco a poco, como una sombra cuando el sol declina. Porque tú eres mi respiración, más que el aire, y solamente vivo en la medida en que tú me acompañas, ya presente, ya ausente, por tu imagen. (Ep.6)

Por esta carta colegimos que Basilio se repuso de la partida de Gregorio al formar en torno suyo una hermandad; en lo cual tuvo tal éxito que se lo considera el fundador de la disciplina monástica cenobítica en el Ponto⁷. A tal disciplina le dio sanción la Iglesia, tanto más cuanto el poder temporal la promovía y por tanto había más necesidad de incrementar el ascetismo, y al aumentar quienes lo profesaban, se volvió indispensable poner orden y método

⁶ Cabe recordar que esta vida monástica era calificada entonces como "vida angélica" (nota de la traductora).

⁷ "cenobítica", de Xenós Bíos, significa: vida comunitaria. (nota de la traductora).



San Gregorio Magno

entre los mismos. La carta que sigue, escrita por Basilio en la época de las cartas antecitadas de Gregorio, nos permite penetrar bastante en la naturaleza de su regla y en los motivos y sentimientos que lo influyeron. Por ser muy larga damos algunos extractos de la misma.

Basilio a Gregorio

Tu carta me trajo tu presencia, como quien reconoce a un amigo en su hijo. Es muy tuyo decirme que es poca cosa describir el lugar, sin mencionar mis hábitos y métodos de vida, para hacerme desear venir a acom-

pañarme; esto es digno de un alma que estima en nada todas las cosas de la tierra, en comparación con aquella beatitud que las promesas nos reservan. Sin embargo, me da vergüenza contarte cómo paso noche y día en este rincón solitario. Aunque haya abandonado las ciudades frecuentadas por ser fuentes de males innumerables, todavía no he aprendido a abandonarme a mí mismo. Estoy como quien, por el mareo, se enoja por el tamaño del navío que se balancea demasiado y se pasa a un botecito, y sigue marcado pues lleva consigo la causa que es su estómago delicado. De allí que no haya sacado gran provecho de este retiro. No

obstante, lo que expondré es el proyecto de lo que me propongo hacer, en vistas a seguir los pasos de Aquel que es nuestro guía para la salvación y que ha dicho: "Si alguien quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga".

Debemos esforzarnos por aquietar nuestra mente. Así como el ojo no puede distinguir con precisión un objeto que tiene delante a menos que lo mire con fijeza, así tampoco puede la mente, distraída por mil cuidados mundanos, estar en condiciones de aprehender la verdad. Al que todavía no se ha sometido al yugo matrimonial, lo acosan mil descos frenéticos, impulsos rebeldes y desesperantes tormentos; al que se ha casado lo requieren sus propias múltiples zozobras: si no tiene hijos, el deseo de tenerlos; si tiene hijos, afán por su educación; atención a su esposa, ocuparse de su casa, supervisar los sirvientes, desgracias de fortuna, discusiones con los vecinos, litigios, riesgos en los negocios, o trabajos de campo. Cada día trae algo que va oscureciendo el alma; y cada noche prolonga las ansiedades diurnas engañando la mente con ilusiones. Ahora bien, una manera de escapar de todo ello es separarse del mundo; no separarse físicamente, sino cortar la simpatía del alma por el cuerpo, y así vivir sin ciudad, casa, riquezas, sociedad, posesiones, medios de vida, negocios, compromisos, saber humano, para que el corazón pueda recibir rápidamente cada impresión de la enseñanza divina. La preparación del corazón estriba en desaprender lo que hay de perjudicial en el trato con lo malo. Es limpiar la tableta de cera antes de tratar de escribir en ella. Ahora bien, la soledad es muy conveniente para este propósito, en cuanto calma nuestras pasiones y brinda a la razón la oportunidad de arrancarlas del alma.

Tal es el sentido y el ímpetu de los monasterios y de la vida monástica, servir a Dios sin distracciones:

Los ejercicios piadosos nutren el alma con pensamientos divinos. ¿Qué estado podría ser más bendito que imitar en la tierra a los coros de Ángeles? - comenzar el día con oraciones, y honrar a nuestro Hacedor con himnos y cantos? - a lo largo de la jornada entregarnos a nuestras tareas acompañándolas con la oración, y sazonar nuestro trabajo con himnos, como si fueran sal? Los himnos consoladores componen el ánimo y lo inducen a un estado grato y sereno. La quietud, pues, como dije, es el primer escalón en nuestra santificación. La lengua purificada de las charlas del mundo; los ojos desprendidos de los bellos colores y de las formas atrayentes; sin que el oído relaje el tono de la mente con canciones voluptuosas ni con lo que es peor, con la charla de hombres frívolos y bufones. Así la mente, libre de la disipación proveniente de afuera y sin que los sentidos la arrastren hacia el mundo, descende a su interior y desde allí asciende a la contemplación de Dios.

El estudio de la Escritura inspirada es el medio primordial de descubrir nuestro deber; pues allí encontramos a la vez instrucciones de conducta y las vidas de benditos hombres, vivientes imágenes de vida divina, que nos mueven a imitar sus buenas obras. De ahí que cada uno de nosotros, sea cual sea su defecto, dedicándose a tal imitación, pueda encontrar allí, como en un dispensario, el remedio adecuado para curarse. A quien le atraiga la castidad deténgase en la historia de José y aprenda de él a obrar castamente, descubriendo que no sólo era capaz de ser dueño de los asaltos del placer, sino también virtuoso por hábito. Podrá aprender de Job la fortaleza. O si pregunta cómo ser a la vez suave y enérgico, enérgico contra el pecado y suave con los hombres, hallará a David, noble en sus empresas guerreras, capaz de apiadarse al tomar venganza de los enemigos. También fue así Moisés, capaz de increpar a los que pecaron contra Dios pero soportando con mansedumbre a quienes hablaron mal contra él.

Querría hacer del monje un auténtico caballero, pues continúa:

También, un punto principal a tener en cuenta es: saber cómo conversar; interrogar sin insistir demasiado; contestar sin deseo de ostentación; no interrumpir al que está hablando bien, no ambicionar meter palabras propias; ser medido en hablar y escuchar; no avergonzarse de recibir, ni dar una información de mala gana, no ocultar lo que uno ha aprendido de otros, como hacen ciertas mujerzuelas con sus hijos, sino referirlas honradamente a su verdadero padre. El tono medio de voz es el mejor, ni bajo e inaudible, ni alto y tonante. Hay que reflexionar primero lo que uno va a decir, y recién después pronunciarlo; ser cortés al dirigirse a otro, ser amable en las relaciones, no buscar agradar con sutilezas, sino cultivar la gentileza al dar consejos. Siempre descartar la rudeza, aún cuando se trate de censurar. (Ep.2)

Estas últimas observaciones resultan notables, si se tienen en cuenta lo que ya nos había dicho Gregorio sobre el modo de ser de Basilio. En otra epístola, de carácter apologético, éste habla sobre los ejercicios de devoción en su monasterio:

Nuestra gente se levanta cuando todavía es de noche, para dirigirse a la casa de oración. Después de haber hecho su confesión a Dios, con aflicción, abatimiento y continuas lágrimas, se ponen de pie para cantar los salmos. Divididos en dos, se responden mutuamente, profundizando de este modo su estudio de los santos oráculos y asegurando al mismo tiempo su atención de corazón sin divagar. Luego, uno dirige el canto y los demás lo siguen; así, salmodiando con variedad pasan la noche, intercalando oraciones. Cuando despunta el día, todos juntos, como una sola boca y solo corazón, elevan a Dios el salmo de confesión, haciendo suyas cada uno las palabras de arrepentimiento. (Ep. 207)

Así fue la vida de Basilio hasta ser llamado al sacerdocio, que lo llevó a dejar su retiro de Cesarea: de noche, oración; de día, trabajo manual, estudio teológico, y atención a los pobres.

6

El siguiente intercambio cordial entre Basilio y Gregorio fue en ocasión del diferendo entre Basilio y su obispo, Eusebio; cuando, según relatamos antes, Gregorio intervino con éxito para reconciliarlos. Y posteriormente tuvo lugar otro contacto a raíz de los hechos consecuentes a la muerte del hermano de Gregorio, Cesáreo. En su lecho de muerte éste había dejado todos sus bienes a los pobres. Pero el legado fue imposibilitado, primero por sus servidores y otras personas de su entorno que se apuraron a llevarse todos los objetos de valor que pudieron conseguir; y luego, al tomar Gregorio posesión del resto, por el fraude de unos pretendidos acreedores que apelaron a la ley cuando aquél se negó a satisfacerlos. En esta ocasión Basilio secundó su alegato ante el prefecto de Constantinopla, que era de Cesarea y que había conocido a los amigos allí y en Atenas.

Llegamos ahora a la elección de Basilio para el Exarcado de Capadocia, que se debió en buena parte a la intervención de Gregorio y de su padre en su favor. Este hecho, llevado adelante con bastante riesgo de fracasar, por causa del poder civil y de la facción episcopal opuesta a Basilio, fue sin duda en ese momento un motivo de acrecentar el afecto entre los dos amigos, pero pronto habría de ser la ocasión del distanciamiento y enfriamiento de los cuales hablé al comienzo de este capítulo. Gregorio, como dije, tenía un temperamento amable, le atraían el retiro y las ocupaciones literarias, y tendía a cultivar el cristianismo en su aspecto doméstico y social, más que entre las fatigas de las disputas eclesiásticas. Tam-

bién lo que he dicho es suficiente para demostrar que no hay en mí la menor intención de acusar de egoísmo a un santo tan grande como él; y su conducta posterior en Constantinopla⁶ pone bien de manifiesto lo capaz que era de soportar la persecución y enfrentarla durante las querellas referentes al Evangelio. Así y todo, dichas escenas de conmoción le resultaban verdaderos sufrimientos, sin contar los riesgos personales que de ellas podían resultar. Dejemos que esta carta de Gregorio explique sus sentimientos:

Gregorio a Basilio

Confieso que estoy encantado de hallarte sentado en el alto trono, y ver la victoria del Espíritu que ha elevado sobre el candelero una luz que ya antes lucía con brillo. ¿Cómo no alegrarme, viendo tan venidos a menos los intereses generales de la Iglesia, y ella tan necesitada de una mano como la tuya para guiarla? No obstante, no me apresuré a allegarme a ti enseguida, ni lo haré; no me lo pidas. En primer lugar no lo hice por delicadeza hacia tu propio carácter, para que no parezca que andas buscando con desvergüenza y apuro rodearte de tus partidarios, cosa que podrían insinuar tus objetos; en segundo lugar, no lo hice por mi propia tranquilidad y reputación. Quizás tu dirás: "¿Cuándo, pues, vendrás, y hasta cuándo será el retardo?" Hasta que Dios me lo mande, hasta que las sombras de la oposición y de los celos hayan pasado. Confío en que no puede pasar mucho antes que se alejen los ciegos y cojos que a David le impiden entrar en Jerusalén. (Ep. 45)

Finalmente Gregorio vino a Cesarea, donde Basilio le testimonió toda clase de afecto y respeto; y como Gregorio no aceptó ningún honor público, por temor a los celos que podría provocar, su amigo lo dejó hacer como quería,

sin preocuparse de que lo criticaran por descuidar a Gregorio, tal como éste observa, quienes no estaban al corriente de las circunstancias. Pero Basilio no pudo retenerlo mucho tiempo en la metrópoli, como lo muestra la siguiente carta, escrita con motivo de una acusación de heterodoxia que un monje de Nacianzo lanzó a Basilio y contra la cual Gregorio protestó públicamente y con indignación, aunque a Basilio le requirió que le aclarara personalmente el asunto. Basilio se sintió herido y le contestó en estos términos:

Basilio a Gregorio

He recibido la carta de Vuestra Reverencia por intermedio del muy reverendo hermano Hellenius; y lo que en ella has insinuado, él me lo ha dicho en claros términos. Puedes imaginarte cómo me sentí yo al escucharlo. No obstante, puesto que he decidido que el afecto que te tengo vencerá a mi pena, sea cual sea, la he aceptado como debo hacerlo, y rezaré al Espíritu Santo para que los días o las horas que me restan para vivir puedan transcurrir cuidadosamente regidos por esta disposición hacia ti, como ha sido en tiempos pasados, durante los cuales -mi conciencia lo atestigua- no te he faltado en nada, ni pequeño ni grande.

Tras decir que toda su vida constituía una refutación práctica de la calumnia, y que una breve carta no podría lograr lo que tantos años no habían logrado, e insinuar que jamás debería haberle planteado tal pregunta, y que los que prestan oídos a cuentos contra otros han de ser objeto de cuentos contra ellos, prosigue:

Yo sé de dónde proviene todo esto, y he empleado todos los medios para impedirlo; pero ahora estoy harto del asunto y no he de mencionarlo más; quiero decir: a nuestro

⁶ cuando Gregorio fue Patriarca de Constantinopla. (nota de la traductora)

pequeño diferendo. Pues si hubiésemos cumplido la promesa que nos hicimos mutuamente, y si hubiésemos tenido en cuenta los reclamos que con derecho nos hacen las iglesias, habríamos pasado juntos la mayor parte del año, y entonces no habríamos dado lugar a esos calumniadores. Por favor, no les digas nada; y déjate persuadir a venir aquí y a ayudarme en mis tareas, particularmente en mi réplica al individuo que ahora me está asaltando. El solo hecho de tu presencia bastará para detenerlo; tan pronto como les hayas demostrado a esos perturbadores de nuestra patria que, con la bendición de Dios, te colocas al frente de nuestros amigos, quebrarás su cábala y les cerrarás la boca a cuantos hablan deslealmente contra Dios. Y de este modo los hechos mostrarán quiénes son tus aliados en el bien, y quién pone trabas y traiciona con cobardía la palabra de Verdad. Si a pesar de todo, la iglesia es traicionada, por qué no tratar de aclarar mi posición con palabras a quienes habrán de juzgarme, que habrán de dar cuenta de mí sin haber aprendido antes a medirse a sí mismos. Quizás dentro de poco, gracias a Dios, seré capaz de refutar sus calumnias con la verdad de los hechos, pues me parece que pronto he de sufrir más que habitualmente por causa de la verdad. Lo menos que puedo esperar es el destierro. Y si falla mi presunción, después de todo, no está muy lejos el día en que Cristo ha de juzgar en su tribunal. (Ep. 71)

7

La alusión contenida en las últimas frases apunta a los ataques que pronto habrían de sobrevenirle del lado del Emperador Valente. Hemos visto en un capítulo anterior cómo los enfrentó y venció Basilio con su intrepidez; Valente aparentó reconciliarse con él; pero sus celos lo llevaron a tomar una medida que implicaba para Basilio consecuencias peores que cualquier pérdida en el mundo: la pérdida

de Gregorio. Para disminuir el poder de Basilio, Valente dividió a Capadocia en dos partes. Esto sucedió unos dos años después de haber sido elevado Basilio al Exarcado. Por lo cual surgió una disputa entre éste y Anthimos, obispo de Tyana. Anthimos pretendía que a la división eclesiástica debía necesariamente seguirle la civil, y que, por lo tanto, él, que poseía la sede principal en la segunda Capadocia, era ahora el legítimo metropolitano de esa provincia. El que tenía razón en este caso era Basilio, pero en contra suya estaba el partido de los obispos que eran secretamente arrianizantes, quienes previamente se habían opuesto a su elección. De modo que Anthimos, contando con poder de su lado, empezó a sacarle monjes a Basilio, para apropiarse de los ingresos de la Iglesia de Cesarea que quedaba dentro de su jurisdicción, y para expulsar o ganarse a los presbíteros, dando como excusa que no debían otorgarse respeto ni puestos a los heterodoxos.

Gregorio enseguida ofreció ayuda a su amigo, insinuándole al mismo tiempo que algunos de los que lo rodeaban tenían parte de culpa en la disputa. Fue una desgracia para su amistad el que estuviesen respectivamente conectados con partidos contrarios en la Iglesia. Basilio conoció y estimó, e incluso recuperó, a algunos semi-arrianos, quienes disientían de la doctrina católica por exceso de sutileza o por falta de claridad de espíritu, más que por incredulidad. En cuanto a Gregorio, era íntimo de los monjes de Nacianzo, sede de su padre, quienes eran entusiastas partidarios de la fórmula de Nicea que era casi como la insignia del partido. En la última carta citada, Basilio se refiere a estos monjes, y en esta ocasión Gregorio lo puso en guardia contra Eusthatios y sus amigos cuya ortodoxia era sospechosa, y cuya mal disposición contra Anthimos daba lugar a pensar que iba a ensanchar el foso entre éste y Basilio. Cabe notar que ésta era la conexión entre Basilio y Eusthasios a la que aludía Anthi-

mos cuando hablaba contra hacer ofertas a los heterodoxos.

El franco ofrecimiento de ayuda hecho por Gregorio a Basilio parece haber sido no menos francamente aceptado por éste. "Tré, si lo deseas", había dicho Gregorio, "para aconsejarte, si es que el mar necesita agua y tú un consejero; en todo caso, para sacar provecho y actuar como filósofo soportando malos tratos en tu compañía" (Ep.47). En efecto, partieron juntos hacia un distrito del monte Tauro, en la segunda Capadocia, en donde había una propiedad y una iglesia dedicadas a San Orestes, pertenecientes a la sede de Cesarea. Y cuando regresaban con el producto de la granja, fueron asaltados por los partidarios de Anthimos, que les cortaron el paso y atacaron a sus acompañantes. Esta escaramuza entre obispos fue obviamente un gran escándalo en la Iglesia, y Basilio tomó una medida con el objeto de ponerle fin. Aumentó el número de obispados en aquel distrito, pensando que así los residentes podrían asegurar el producto de la propiedad sin disturbios, y sobre todo calmar y ganarse la confianza de los que habían empujado a Anthimos en contra de Basilio. Sasima era una aldea de los alrededores, y decidió poner allí a su amigo Gregorio, estimando sin duda que no podría demostrarle un mayor signo de confianza que encargarle el manejo de la querrela, y conferirle al mismo tiempo un puesto más deseable para su elevado espíritu que ese lugar de riesgo y responsabilidad.

Gregorio ni siquiera había deseado ser sacerdote; y se echó atrás con temor ante el cargo de obispo. Sobre él pesaba aquel sentimiento opresivo de tremenda responsabilidad por el ministerio encomendado, que entonces prevalecía en los espíritus más serios.

Me siento incapaz de este combate, había dicho durante su ordenación, y por ello escondí mi rostro, y me mantuve aparte; y busqué sen-

tarme en soledad, lleno de amargura, a fin de guardar silencio, porque estaba convencido de que los días eran malos, a partir del momento en que los amados de Dios habían dado coces contra la verdad y se habían vuelto hijos rebeldes. Y además, está la eterna lucha contra las pasiones, que mi cuerpo de humillación me provoca noche y día, en parte escondido, en parte abiertamente, y el ser sacudido de acá para allá y arrojado al torbellino entre los sentidos y los deleites de la vida, y estar hundido en el barro profundo, porque la ley del pecado lucha contra la ley del Espíritu, tratando de borrar en nosotros la imagen real y todo aquello de que hemos sido investidos por el Soplo divino. Considero imprudente tomar a cargo la cura de almas y constituirse en mediador entre Dios y el hombre, como le corresponde a un sacerdote, antes de haber vencido con todo nuestro poder el principio que nos tira hacia abajo, y de haber purificado a fondo nuestra mente, y de haber adelantado mucho y aproximarnos más a Dios. (Or.2)

Con estos admirables pensamientos se mezclaba la debilidad propia del hombre. Había consentido ser consagrado sólo ante el urgente mandato de su padre; y la reluctancia que experimentó al tomar el ministerio, la transfería ahora frente a ocupar la sede que se le confiaba. Podría parecer presumido de mi parte este arbitraje de los santos y juzgar hasta qué punto acertaba o erraba; pero no es ésa mi intención realmente: lo único que hago es pasar revista a sus conductas externas a lo largo de su desarrollo histórico. Dada esta explicación, digo que un asceta, como Gregorio, no debería haberse quejado del lugar en que estaba su sede, como carente de belleza e interés, aunque sí se permitiese sentir la responsabilidad de una ubicación tan vecina a Anthinos. Tal era, sin embargo, su debilidad, y él repelía la acusación de su conciencia contra sí mismo, achacándole falta de cortesía a Basilio al colocarlo en Sasima. Por otra parte, es muy posible que Basilio, en su

ansiedad por asentar con firmeza su exarcado, tuvo poco en cuenta el carácter y los gustos de Gregorio, y sobre todo, el deber que a éste lo ligaba con Nacianzo. He aquí la explicación sobre el asunto, dada por Gregorio en una carta que trasunta mucha cólera, y hasta resentimiento, contra Basilio. Dice:

Dame paz y quietud sobre todas las cosas. ¿Por qué habría yo de estarme luchando por mamones y pájaros, que no son míos, como si se tratara de almas y cánones eclesiásticos? Bien, asume tu rol de hombre, hazte el fuerte, haz redundar todo en tu gloria, tal como los ríos chupan el torrente de la montaña, pensando poco en la amistad y la intimidad, en comparación con altas metas y piedad, y sin pensar lo que el mundo piensa de ti por todo ello, pues eres únicamente propiedad del Espíritu; y yo, por mi parte, sacaré gran beneficio de tu amistad, con no confiar ya en amigos, y no anteponiendo nada a Dios. (Ep.48)

Al comienzo de esta misma carta, lo censura a Basilio por su trono episcopal, que de repente lo colocó más alto que Gregorio. En otra parte lo acusa de ambición y deseo de agrandarse. Basilio parece haberlo acusado, por su parte, de indolencia, lentitud y pobreza de espíritu.

8

Tal fue la penosa crisis de un distanciamiento que ya se estaba preparando desde hacía tiempo. De aquí en adelante, no poseemos ninguna carta entre los amigos; sólo un acto de comunicación descubrimos en esta historia. Y verdaderamente, esta excepción resulta muy interesante: Basilio fue a ver a Gregorio a Nacianzo en 374 d.JC, cuando murió su padre. Pero esto no es sino como un fulgor repentino, como para recordarnos esa caridad que ardía aún entre ambos; y que mitigaba apenas la

dolorosa catástrofe, desde el punto de vista que presenta la historia. Anthimus nombró a un obispo rival en la sede de Sasima; y Gregorio, renunciando a disputarla, retornó a Nacianzo. Basilio trabajó solo. Gregorio mantuvo su sentimiento de aquella indelicadeza por parte de Basilio, aún después de su muerte; aunque no por esto dejaba de admirarlo ni reverenciarlo: y más aún que antes, atribuyendo su conducta a su sentido del deber. En su oración fúnebre, tras ponderarlo por haber creado nuevas sedes, dice:

Con esta disposición hube de mezclarme yo accidentalmente. No me siento obligado a edulcorar mis frases. Por más que admiro tanto cuanto hizo, y más de lo que puedo expresar, así y todo hay una cosa que no puedo aprobar -pues confieso mi sentimiento, que de alguna manera ya conoce el mundo-: su inacostumbrada conducta inamistosa hacia mí, cuya pena no ha conseguido remover el tiempo. Pues a ella le atribuyo toda la irregularidad y confusión de mi vida, y el no ser capaz, al menos en apariencia, de comandar mis sentimientos, aunque esto último sea irrelevante. A menos que, en verdad, se me permita excusar a Basilio declarando que tenía en vistas fines trascendentes al mundo, y que, habiendo partido de éste aún antes de que acabase su vida, él encaraba todo según la perspectiva del Espíritu; y aunque sabía cómo reverenciar la amistad, solamente la descuidaba cuando era su deber preferirlo a Dios, y ocuparse más de las cosas que esperamos que de las cosas efímeras. (Orat.43)

Estos hechos lamentables sucedieron a los dos años de haberse hecho cargo Basilio del episcopado, y ocho o nueve años antes de su muerte. Antes y después pasó por muchas pruebas, muchas penas: pero esta pérdida de Gregorio fue probablemente la mayor de todas.

Esta publicación se terminó de imprimir en la Editorial y Talleres Gráficos de la
Universidad Católica de La Plata, el 20 de septiembre de 2006.

Diseño e impresión: Editorial y Talleres Gráficos de la Universidad Católica de La Plata,
calle 115 N° 552 (1900) La Plata - Tel. Fax (0221) 422-6928 / 423-7375
E-mail: deptodise@ucalp.edu.ar - editorial@ucalp.edu.ar



APENAS LO DEJÁS DE VER Y YA LO ESTÁS VIENDO DE NUEVO.

CON LOJACK, NUNCA LLEGÁS A SENTIR QUE TE ROBARON EL AUTO,
A LO SUMO QUE LO PRESTASTE.

0810-888-8911 | www.lojack.com.ar

LO/JACK
LO TUYO ES TUYO

Si me preguntas qué debes hacer en orden a ser perfecto, digo: primero, no te quedes en la cama más allá del debido tiempo para levantarse, ofrece tus primeros pensamientos a Dios, haz una buena visita al Santísimo Sacramento, di el Angelus devotamente, come y bebe a la gloria de Dios, reza el Rosario bien, sé recogido, guárdate de los malos pensamientos, haz bien la meditación de la tarde, examínate diariamente, vete a la cama a tiempo, y serás perfecto.

Meditaciones y Devociones